La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 24 de noviembre de 1890 — Núm. 465

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PRIMERA NOVELA, cuadro de L. Winnigerode

EL MOVIMIENTO LITERARIO

EN LA ÚLTIMA QUINCENA

I

Como en los quince días que acaban de transcurrir está incluso el día litúrgico de los muertos, no hay para qué ocultar cuánto la muerte habrá embargado los espíritus, y menos omitir que aquellos queridos seres, apartados por el sepulcro de nosotros, han vuelto á nuestro lado, en recuerdos parecidos á verdaderas visiones, cuando las campanas doblaban y tañían, difundiendo por los aires funerales acentos y por las almas luctuosas endechas. La tradición histórica, la costumbre secular, el vínculo de hábitos legado por una generación á otra generación, verdaderamente no pueden hoy conservarse con aquella fidelidad en las grandes ciudades con que se conservan en los pueblos pequeños. De muchacho, parecíame á mí la torre, allá en el templo parroquial único de mi pueblo, algún ser animado, cuyas voces me transmitían desde las alturas y me despertaban en lo profundo múltiples y muchas veces encontrados afectos, según que tocasen las campanas á Viático, muerto, mortichuelo, nube, fiesta, regocijo, alegría. Un campanario muy resonante despierta por toda una comarca emociones idénticas. A sus ecos, ya saludáis la estrella del mar en los dos crepúsculos, matutino y vespertino del día; ya sabéis el momento en que á la Misa Mayor diaria el sacerdote alza la Hostia y el Cáliz consagrados; ya oís, antes que los estampidos del trueno, las lenguas de bronce conjurándolo; ya, en el momento de acostaros, evocáis las almas del purgatorio, y al rezar por ellas un Padrenuestro, sentís que os rozan los labios con su aliento místico y con sus alas invisibles la sien. Mas en Madrid, en Barcelona, en París, imposibles todas estas emociones religiosas, habituales entre los comarcanos, allí donde pequeña población se agrupa en torno de grande Iglesia, rematada por torre altísima. Sin embargo, Madrid conmemora los difuntos con una función semi-teatral y semi-religiosa, con la representación de *Don Juan Tenorio.* ¡Dichosa leyenda! Cuajada en Sevilla, donde á porfía el Guadalquivir y el azahar, cantados por los poetas, despiden inspiraciones; animada por el estro de Tirso en drama parecido á un Auto Sacramental gigantesco, cuyos protagonistas resultan el mundo con sus locuras y la eternidad con sus castigos; renovada en el teatro clásico por Moliere y en el teatro romántico por Dumas; puesta en música inextinguible por Mozart; el Convidado de Piedra, como el Quijote de Cervantes, da escalofríos de miedo al niño aterrado, y al sabio pensamientos de profunda y reveladora filosofía. Imposible, con el vigor de inspiración siempre vivo en la persona del mayor poeta legendario que han conocido las edades, de Zorrilla, imposible se sustrajese tal tradición á su numen maravilloso. Y así como en Granada libó la mágica leyenda de *Alhamar*, en Toledo la célebre de *A buen juez mejor testigo*, ha topado en Sevilla con la tragedia del *Don Juan*, y hala impreso con versos calderonianos en la mente y en la boca de nuestro pueblo. Por mucho que nos adhiramos á la vida, por poco que nos curemos de la muerte, un problema como este de la eternidad surgirá siempre á los ojos del alma, tendida entre dos misterios igualmente indescifrables, el enigma de sus orígenes y el enigma de sus destinos. Aunque lo infinito por doquier nos rodee, tanto dentro como fuera de nosotros, acostumbra la razón á expresarlo en fórmulas tan exactas, mas tan secas como los signos algebraicos. Pero la imaginación del poeta, con sus intuiciones, con sus adivinanzas, con sus profecías, agorera cual esas aves que parecen recibir confidencias á un tiempo del cielo y del mar, que se truecan en presagios, anunciados, ya con aleteos, ya con gritos, penetra en el seno de los misterios eternos y nos trae al oído en odas inextinguibles triunfos sobre la muerte y anticipaciones de la inmortalidad. Si no tuviese yo ninguna otra razón para creer que la fe y la poesía jamás morirán en España, bastaríame ver cómo acuden las muchedumbres al *Don Juan Tenorio* y aclaman todos los años por un mes continuo al inmortal autor del maravillosísimo drama.

II

Y necesitaba el poeta este desagravio, porque una crítica, originada de cierta intelectual anemia y propensa de suyo á la nota pesimista, emperróse con tal tenacidad en creer verboso coplero al hombre genial y en decirlo, que muchas gentes vulgares, incapacitadas de tener propio juicio, creyeron á la bruja desdentada bajo su palabra, y arrinconaron en los olvidos del menosprecio tal maravilla, en guisa de los ignorantes, que suelen echar á los ratones de sus desvanes los cuadros y los tapices preciosos. Hase necesitado una generación de alma sintética, cual esta que renovara en los últimos lustros nuestra sociedad, para que haya vuelto á oirse la voz de los siglos en la poesía de Zorrilla, y pueda prometerse mañana el poeta morir en ocaso resplandeciente de gloria, como pide su incontestable inmortalidad. Otra injusticia, no menos odiosa, nuestro tiempo ha reparado en estos últimos días: la injusticia cometida con Lamartine por los lustros anteriores Un grande hombre verdadero en toda la extensión de tal palabra; un poeta que había hecho música melodiosa, italiana casi, lengua para el ritmo tan difícil como la clara y exactísima lengua francesa; un historiador capaz de resucitar las edades muertas con sus evocaciones mágicas; un político de tal desinterés y de tal elevación que superaba en cien codos á tanto positivista y utilitario como pululan en los congresos y en los gobiernos; un orador de primer orden, á quien jamás faltó la vena rica y la improvisación pronta, llegó á convertirse por una serie de tópicos ineptos lanzados contra su gloria en personaje tan odioso, que yo, durante mi emigración, vi un día en los alrededores del Instituto á escolares contagiados por el universal error, mostrándole los puños crispados por el odio y dirigiéndole, como traidores tiros asestados á hurtadillas, los más soeces insultos. Y sin embargo, el grande hombre había oído la voz de todos los seres y anotádola en estancias melodiosas ó en sinfonías épicas; recorrido el Oriente y dejado en torno de todas las ruinas sacras los enjambres luminosos y las mieles dulcísimas de sus incomparables inspiraciones; resucitado en una obra inmortal donde se mezcla el trágico estro de las letras helenas con la verdad histórica de nuestro siglo crítico, los titanes de la revolución, creadores y mártires de sus propias creaciones; con su palabra destrozado un trono, que no volvió á levantarse, y hecho una república, que salvara él, si los seres abortivos sociales pudieran salvarse cuando llegan inoportunamente y sin preparación á vida y luz; impulsado y detenido la democracia con su verbo sobrenatural; puesto tanta conmoción en el espíritu de sus coetáneos y dejado estelas en el espacio tan esplendentes y luminosas, que ya su nombre, por cíclico, va penetrando, cual si atravesáramos una edad lejana y de indecisa historia, en los cielos, donde los pueblos esbozan sus símbolos expresivos de dogmas religiosos y extienden alrededor de reales y verdaderas figuras todos los ensueños de la tradición y todos los arreboles de la leyenda.

III

Las colinas de Macón, tan admirablemente pintadas por el poeta, quien conocía con igual ciencia y amaba con igual intensidad la naturaleza y la historia, en el mes de las vendimias han resonado con el nombre á cuya virtud sublime deben un espíritu y una voz. El claro laguillo, con la celeste superficie, donde cayeran como notas de cristal las palabras destiladas de sus labios, juntas con las gotillas destiladas de sus remos; aquel espejo de un alma tan pura y de un cielo tan azul, ha merecido la visita de muchas peregrinaciones y aumentado sus caudales con los tributos de muchas lágrimas. ¡Cuántos de los peregrinos habránse parado á columbrar sobre los montecillos rojos cubiertos por viñas todavía verdes y bajo los sarmientos de parrales muy espesos y las ramas de higueras muy frondosas la modesta casita, so cuyos techos todavía cantan, á manera de golondrinas, en bandadas, las ideas vívidas de cien inmortales poemas! ¡Cuántos, por aquella región, que parece vestíbulo de Italia, se habrán recogido á leer la muerte de Sócrates, descrita en palabras que creeríais dictadas por Platón redivivo; y la cena última de los girondinos, que parecía, según la pluma de Lamartine, el banquete de la inmortalidad helena bajo los plátanos del Pireo ateniense, las agapas de los mártires cristianos bajo la persecución de los césares en el abismo de las Catacumbas! Y si, entre los festones de las cepas, á la sombra de los nogales cargados de frutos, al pío de las avecillas y al susurro de los arroyos, pudiera una plaza pública rehacerse con la imaginación, ¡cuántos hubieran recitado aquella inmortal arenga demosteniana de la bandera roja, que levantaba con sus frases al orador hasta la sublime altura del héroe y hacía de sus labios las vibrantes armas á cuyos golpes se desplomaban en el polvo los monstruos de la demagogia y de la anarquía! Lo cierto es que á la cita, dada por un municipio con el noble fin de honrar un muerto inmortal, han acudido, así los que representan el Estado y representan la ciencia en los altos montes de la sociedad, como las muchedumbres que, por las honduras, recogen alguna emoción en esas concertadas cadencias, donde se compenetran y se consubstancializan la forma con la idea, para que puedan recorrer toda la gradación del humano entendimiento y arrastrar, así el candor como el saber, en sus incontrastables atracciones. Para concluir: mucho debemos holgarnos con que acaben los pueblos por saber lo que les valen y lo que les importan sus grandes hombres. Cuantos mayores ideales haya en las cumbres del espíritu y dioses mayores en los templos del arte, la conciencia popular brillará más y la voluntad popular más se acerará; porque cada ciudadano de un pueblo en particular y todos en general viven del calor que despiden las ideas luminosas y del poder que tienen los grandes ejemplos, en esa Iglesia, inmortal asociación de inspiraciones y de recuerdos, bajo cuyas losas duermen los esqueletos y por cuyas cúspides vuelan las almas, conocida con el esclarecido nombre de Historia nacional.

IV

Y este culto á las grandes ilustraciones debe promoverse y fomentarse, tanto más, cuanto que se quejan todos los críticos á una del decaimiento de las artes y de las letras, quienes pasan por largo período de tristísima esterilidad. Alemania, especialmente, cuyo espíritu brillaba en literatura cuando al par brillaba en filosofía, hoy parece despojada por un hado adverso de todo genio, ya indagador ó ya inspirado. Su teatro no cuenta con un Lessingh y con un Schiller, cuasi, en su decadencia, reducido á repetir sobre las tablas los problemas socialistas planteados por los periódicos. No tiene otro argumento el drama hoy en boga, escrito por autor como Wildembruch y representado en teatro como el alemán de Berlín. Alondra se llama la protagonista, en quien representa el dramaturgo una joven jornalera de nuestras fábricas, embargada por su faena continua en los horrores del trabajo fabril, que seca los más floridos años, y expuesta por su condición á las asechanzas de fabricantes y capitalistas que renuevan en sus vicios propios ciertos malos usos feudales. Por este símbolo, evocado en las tablas, comprenderéis cómo se halla el espectador en pleno espectáculo socialista; y así, constreñido á oir cuantas disertaciones le dicte al autor, apóstol y dogmatizante, el viejo lexicón de la vulgar y conocida escuela. Sin embargo, hay que agradecerle una singularidad, imposible quizás en otros dramas ó novelas del mismo género y dogma: la presentación de un fabricante bueno. Lo es, y mucho, Augusto, al punto de que, perdido, á las sugestiones de un amor puro, por la incomparable Alondra, no le tiende red ninguna para prenderla y enredarla en el deshonor consiguiente al vicio; la quiere por esposa. Al revés el consocio suyo Hermán, viejo verde, gastado en sensuales goces, cuyo virus por tal modo penetrara en las telas del corazón y en las entrañas del espíritu, que lo ha connaturalizado con una especie de ateísmo en guerra con toda virtud femenil y en seguridad plenísima de que ninguna resiste al halago de la influencia social y del dinero sonante. Pero Alondra no escucha el reclamo al hogar de Augusto, ni el reclamo al burdel de Hermán. En el paso de la niñez á la juventud conoció un jornalero como ella, pobre de suyo, sin más patrimonio que los robustos brazos y sin más recurso que el continuo jornal, pero bueno, sano, hermoso, enamoradísimo de ella, con quien desea vivir, si pobre, ho-



EN LA CELDA DEL PINTOR, cuadro de Vicente Volpe, grabado por Bong

nestamente; y no la disuadirán de tal propósito, del propósito de hacerlo feliz, ni las puras ofertas de un pretendiente honrado como Augusto, ni las torpes celadas de un seductor perverso como Hermán. Aquél busca más todavía que este último las miradas de la que requiere por esposa, y no la deja vivir con sus repetidas instancias, las cuales llegan hasta pedirla en casamiento á sus padres, muy pagados de semejante proporción para su hija. Deseosa la pobre Alondra de huir á los requiebros de Augusto y desengañarle de sus esperanzas, abre su pecho al seductor, y le dice que ni él ni su camarada conseguirán favor ninguno de un corazón como el suyo, desde la niñez consagrado á una sola eterna pasión amorosa, consubstancial con su vida; por todo lo que ruégale de rodillas la saque de un lugar en el que hasta sus padres conspiran contra su ventura. El malvado le ofrece, al oirla, sacarla del establecimiento fabril aquella misma noche, para conducirla donde habita su novio, y con tal pretexto la encierra dentro de su propio cuarto, en cuyo apartado recinto la emborracha para saciar en ella sus torpes apetitos. Pero, en el ardor despertado por los bebedizos, que prestan pesadez al cerebro y á la respiración dificultad, la Alondra se dirige hacia las ventanas en pos de ambiente puro, y las abre con rapidez y fuerza en el momento mismo en que su infame requeridor le dice las palabras más furiosas y cree asirla en sus brazos y estrecharla contra su pecho, perdiéndola para siempre, mas hartando la voraz y pasajera pasión de viejo voluptuoso y epicúreo. Al abrir la ventana, encuentra la infeliz al novio, que la ronda, y vuelta por tal aparición á su natural sentido, pide socorro, que obtiene por el arrojo de aquel que ella prefiere, huyendo á las asechanzas, así honestas como deshonestas, contrarias á que fundara en la virtud y en el amor toda su felicidad. Tal es el drama.

V

Pero ¿por qué hablar de otros dramas, cuando no hay verdadero interés ahora sino por el drama de Sardou, por *Cleopatra*, que representa en el viejo teatro de la Puerta San Martín artista de suyo tan maestra y por la fama tan preferida como Sarah Bernhardt? Yo no puedo contar las críticas múltiples que ya he leído y las noticias que ya he cosechado de obra y de representación tan excepcionales. Y, sin dejarme llevar de ninguna superstición, debo decir que hame parecido el drama una empresa industrial de Sardou, y la representación un capricho femenil de Sarah. Leyendo y releyendo los innumerables comentarios puestos por la prensa parisiense al drama, deduzco sin esfuerzo la subordinación del argumento á las decoraciones, de las decoraciones á los trajes, y de los trajes, de las decoraciones, del argumento, del desempeño, de todo aquello, á la verdadera protagonista, es decir, á la culebreja cogida en cualquier jardín y puesta sobre la garganta de la primer actriz para evocar el áspid, de cuyo aguijón obtuvo la histórica y verdadera Cleopatra su deseada muerte No comprendo cómo Sardou se arriesga por las escabrosidades sublimes del drama trágico, cuando no pasa de ser un eximio vaudevillista, ni cómo Sarah se pierde y embosca entre las esfinges y los jeroglíficos, cuando la primer actriz del planeta en *Frou-frou* y en la *Dama de las Camelias*, fracasa por completo siempre que representa la Sol de nuestro *Hernani* ó la Hija de su *Roldán*. Cierto diplomático me decía la otra noche, tras dos asistencias á las dos representaciones primeras, que había puesto el público y concentrado su atención en la terraza de Menfis á las orillas del Nilo, en los modistos de la calle de San Agustín que han recortado los riquísimos trajes del maravilloso vestuario, y en la cesta de higos donde viene la especie de lombriz que luego se ciñe á la garganta para ocultarse hasta la hora de aquella muerte histórica en el pecho de la falsa Cleopatra. Y digo falsa en el sentido, no de fingida, de falsificada; porque tras Cleopatra Ptolomea sólo se descubre á Margarita Gauthier, como en Sardou tras sus arreglos prosaicos un sacristán de las letras hombreándose con cuatro grandes hombres como Plutarco, Lucano, Calderón y Shakespeare. Así han tratado los dos ilustres é irreverentísimos, actriz y autor, á la hija del Oriente y Grecia; entroncada con los dioses, inscrita en la más ilustre raza del mundo y del tiempo; descendiente de aquel Alejandro, en cuya presencia se pierden y en cuya lumbre se obscurecen todos los genios habidos; con los Ptolomeos, los padres de cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del pensamiento por progenitores; con las estrellas de mil nombres helenos, á cual más glorioso, en su corona; que tuviera dentro de la Ciudad Eterna litúrgicos altares en templos donde se atropellaban los Pontífices y los augures para idolatrarla; que reinó sobre aquel Egipto, á cuyo seno fueron los filósofos y los historiadores en pos de los misterios; señora de Libia y sus desiertos, cuyos límites no ha conocido y menos todavía señalado la ciencia; señora de Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huyó á los besos de Apolo y fecunda en florescencias de ideas; señora de Chipre, donde Venus encontró su cuna y el amor su oriente; señora de Creta, que presenció la transformación de los dioses asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos, trayendo los resplandores del humano espíritu sobre sus sienes pentélicas; señora de Siria, el suelo de las magias y de las hechicerías, el patrimonio de los Seléucidas; señora de Tiro, que enseñó á los hombres cómo se truecan los jeroglíficos indescifrables en letras del alfabeto y cómo se cambian los productos del trabajo en las relaciones del comercio; la misma que había visto pasar todas las ideas paganas en procesiones gigantescas, y caer de rodillas á sus pies todos los reyes asiáticos, y llegar en tropel llamados por sus evocaciones todos los dioses conocidos á sus capillas hechiceras; la que compartió el trono de Julio César y el tálamo de Marco Antonio; la que se alzó junto á la Victoria Romana en el Capitolio y mereció en Alejandría santuarios; la que hablara con diez embajadores distintos en sus respectivas diversas lenguas; la que conociera desde los pensamientos hasta los astros, desde las matemáticas hasta la metafísica, desde la historia de los seres criados hasta la historia de los sistemas filosóficos; emperatriz en los palacios, musa en las artes, amazona en la guerra, sibila en el templo, maga en el augurio, teúrgica en la fe; cuya existencia representa la tentación del Asia con sus filtros y sus quiromantas y sus astrólogos al genio de Occidente, positivo ya entonces, y cuya muerte la extinción de las viejas teogonías derribadas todas ellas sobre su lecho mortuorio, entre los obeliscos y las esfinges, para dejar paso á los albores del espíritu cristiano y á la exaltación de un solo Dios.

Emilio Castelar

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

A mi querida prima Luisa Lacal

Nuestro querido amigo el rico minero catalán don Andrés Lloveras nos había invitado á pasar ocho días recorriendo la quebrada de Chaupi-Huaranga y á las diez de una mañana saltábamos ligeras como plumas tres intrépidas amazonas sobre nuestros hermosos caballos, sin temor al suelo ni al cielo. Los caminos con un metro de barro y las nubes amenazando chubascos, de aquellos que no se parecen á los chubascos de otras regiones, no nos infundían temor alguno. Ibamos pertrechadas: los ponchos de vicuña y las bufandas nos preservarían del frío; los *ponchos de jebe*, ó impermeables de montaña, impedirían que nos llegase el agua á lo vivo.

A las doce estábamos almorzando en Paria, hacienda mineral de nuestro simpático acompañante y de su socio, otro buen compatriota, don Miguel Gallo. Después de almorzar opípara y alegremente y de pasear, entre los circos de amalgamación y los *ingenios*, cuyas ruedas girando sin cesar alrededor del cárcavo trituran el metal, y de enterarnos como buenas curiosas de todas las faenas del *beneficio* argentífero, proseguimos nuestro viaje tan alegres y revoltosas, que á nuestro galante anfitrión y compañero de paseo le *sacamos* en aquel viaje canas verdes.

Siete leguas largas de talle nos faltaban para llegar al término de nuestra primera excursión, y una hora escasa debían tardar las nubes en levantar las compuertas de los grandes acequiones que riegan la tierra.

Ibamos á *tomar temperamento*, como allí se dice, á buscar clima templado, y con este pretexto nos trasladábamos del Cerro de Pasco á Visco, en donde poseía un verdadero nido, oculto entre montañas

nuestro cariñoso *taita* Lloveras, como le llamábamos con afecto profundísimo.

Cuidaba éste de nosotras con paternal solicitud, impidiéndonos *diablear* y separarnos del camino que nos trazaba á causa de las ocultas y muy hondas charcas extendidas por la *pampa* (llanura).

Trotábamos largo sobre mullida alfombra, traidora y encharcada, pues con apariencias de un verde seductor ocultaba pantanos en donde los caballos se hundían hasta los ijares.

La *alfombra* que con agrado nuestro pisaban los caballos, chapoteando el agua y mojándonos los *ropones* hasta empaparlos, veíase levantada á grandes trechos; y cuál no sería mi asombro al saber que aquellas que á mí me parecían casitas diseminadas por acá y por acullá, eran montones de la capa verde levantada por los indios, para una vez seca utilizarla como combustible.

El indio no aprovecha lo que le sobra, pero tampoco carece de lo que le falta.

Así, con la *champa*, como llama á la corteza de la tierra, suple la leña que no tiene; pero ni usa ni utiliza para sí la muchísima hulla que sobra en aquella región peruana, y que por falta de vías de comunicación no puede transportarse á la costa ni á los grandes centros.

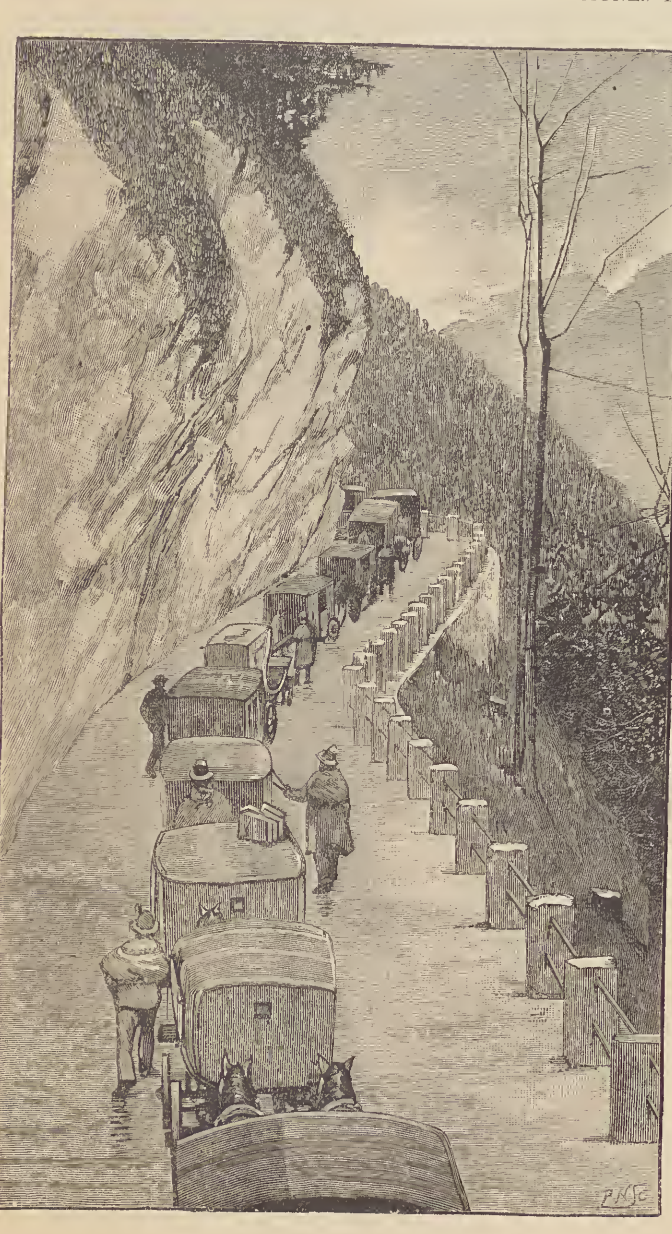
Se acabó por fin el piso alfombrado, que más parecía extenderse cuanto más adelantábamos, y salimos de la *puna* (altura llana y fría), llegando á lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, á la bajada de San Antonio.

Las elevadas peñas que habíamos divisado dos leguas antes se nos presentaron admirables, bellas y semejantes á un centinela que guardase el paso de la quebrada y al cual había que rendir tributo de admiración antes de comenzar el descenso.

– Veamos, nos dijo el *taita* Lloveras. ¿Qué distinguen Vds. en el picacho más elevado de esas rocas?

Hicimos alto y nos volvimos todas ojos.

LAS REPRESENTACIONES DE LA PASIÓN EN LA ALDEA DE OBER-AMMERGAU



Camino de Ober-Ammergau



Espectadores dirigiéndose al teatro

Virginia Ortiz de Villate y Corina Ariza, que así se llamaban mis lindas compañeras, respondieron que veían peñas de punto inglés. Y verdaderamente que parecía de encaje aquel grupito, vástago orográfico de los Andes, afiligranado por la crudeza de la intemperie y hermoseado por el transcurso de los siglos, que de modo tal habían calado y festoneado las imponentes rocas.

– Fíjense Vds. bien, insistió nuestro caballero.

Nos dimos por vencidas después de mirar y remirar.

– ¿No ven Vds. un San Antonio con su niñito en brazos?

¡Oh poder de la imaginación!

Las peñas cambiaron de aspecto á nuestros ojos: ¡ya lo creo que lo veíamos! Pero ¡qué tontas! ¡No haber caído antes!... Pues si estaba tan claro,... tan patentísimo... Un San Antonio, sí, señor: con el niñito en el brazo izquierdo. ¡Y qué bien hecho! ¡Qué redondita la cabeza del rorro! ¡Qué admirablemente dibujada la del santo!... hasta los dedos se le distinguían... ¡A poco más hubiéramos podido apreciar el color de los ojos!

Acordamos llamarnos ciegas y bobas, y sabe Dios cuántas cosas más.

– ¿Qué quiere decir esto, *taita?*, preguntamos al señor Lloveras. ¿Se debe esa imagen á casualidad ó á humorada de un escultor anónimo?

– Es un milagro, según la tradición cuenta.

– ¿Y sabe V. la tradición?

– ¡Ya lo creo!

– ¡Cuéntenosla V.!

– ¡Vaya, vaya, *niñitas, niñitas!*, debemos apretar el paso: nos restan más de tres leguas de bajada y la tormenta ya ruge cercana: pongámonos los *ponchos* de agua para no hacer otra parada, y á picar duro, ¿eh?

– Bueno; ¿pero nos contará V. el milagro cuando lleguemos á Visco?

– Esta noche de sobremesa.

– ¡Adelante, pues!

Y *salimos escapadas* comenzando á bajar la quebrada, que á primera vista ya nos infundía admiración y asombro.

Ibamos en fila, pues apenas dos caballos podían emparejarse; á la derecha teníamos el precipicio, á la izquierda la montaña poblada de chozas, sembrada de maíz y *papas* (patatas) y semejante á un tablero de damas por sus cuadros simétricamente dibujados.

Aquellos terrenos no tienen dueño, son comunes, y todos los años reparten las autoridades la porción que á cada indio corresponde, según sus necesidades y número de *familias* (hijos). El cura se llama también á la parte; y como el juez que mide y adjudica suele ser un indio, dicho se está que los mejores terrenos son para el padre de almas, que por cierto suelen ser éstos para los feligreses peores que malos padrastros.

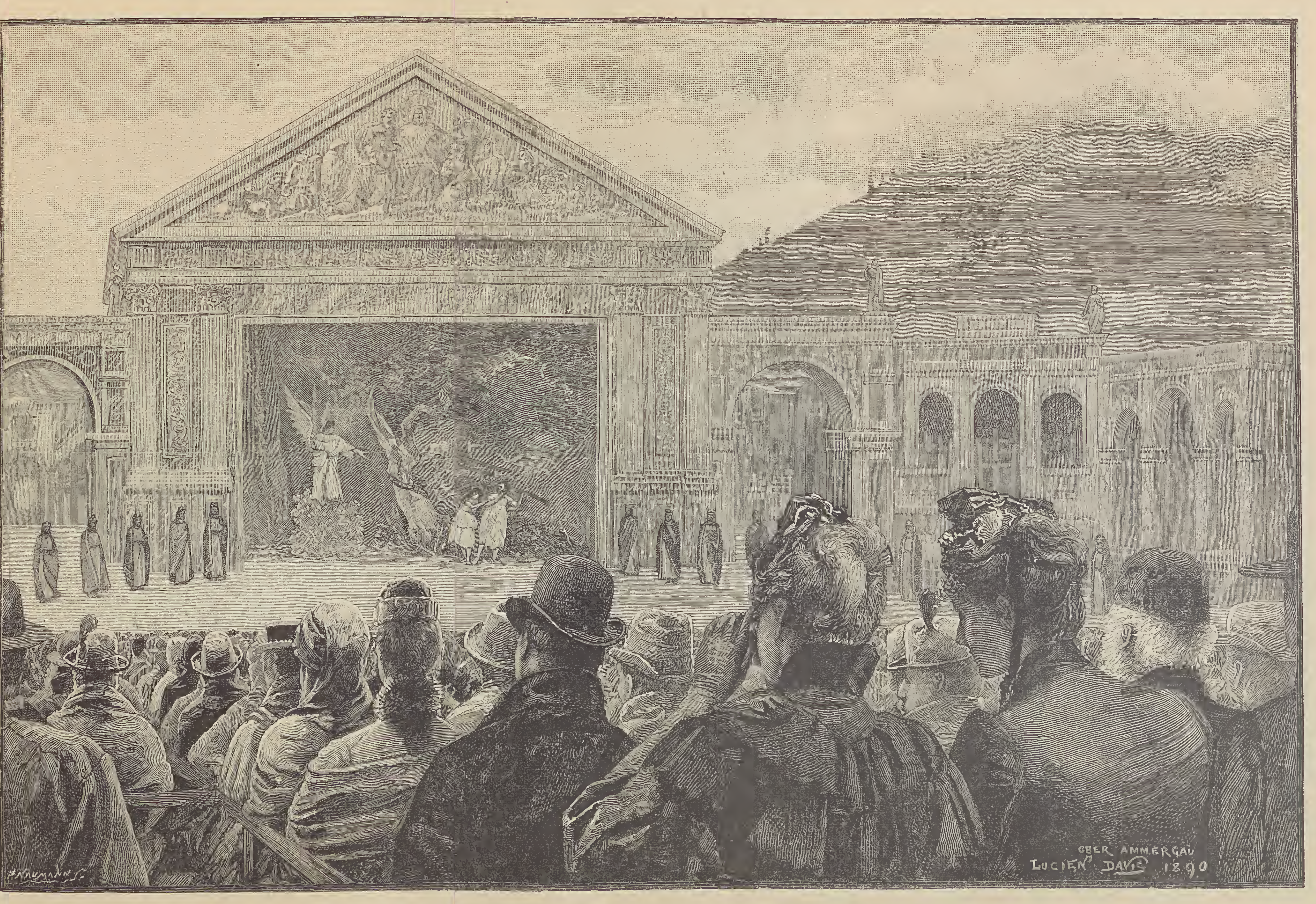
El cultivo tampoco cuesta nada al *taita cora* (padre cura); pues cuando quiere reunir los gratuitos jornaleros, manda tocar de cierta manera la campana de la iglesia, y los indios que oyen al obscurecer el aviso ya saben que han de presentarse voluntariamente en la mañanita del siguiente día.

¡Y pobre del que reacio se mostrase!

Al infierno iría de cabeza cuando se muriese, ó tendría que dar al cura una cantidad no despreciable para la remisión de tan atroces penas, sin perjuicio de purgar preventivamente el desacato en la cárcel del pueblo ó soltar algunos pesos, aunque para reunirlos fuese preciso vender á su amigo más fiel, al borriquito.

Sorprendentes son los ejercicios de equilibrio que el indio se ve obligado á hacer para sembrar aquellas tierras. Excuso decir que ni bestias ni arado pueden ocuparse en las faenas agrícolas de la quebrada; mas como el indio es ingenioso para cuanto le conviene, aunque sea indolente y flojo para el blanco, ha ideado una manera de hacer surcos, pesadísima, interminable y fatigosa, pero de buen resultado y única, dadas las condiciones del terreno.

Calza la reja del arado en un palo largo y fuerte, dejando las orejas de la primera bastante salientes para poder enterrarla apretando con el pie izquierdo ó derecho, según la dirección; clava la reja, la hunde cuanto sus fuerzas le permiten y baja el mango echándose de pechos sobre él cuando el suelo está fuerte,



DURANTE LA REPRESENTACIÓN DE LA PASIÓN EN EL TEATRO DE OBER-AMMERGAU, dibujo de Luciano Davis

y sale la reja levantando la porción de tierra que inclina al lado conveniente, quedando así formado el surco tan hondo como sea menester.

Si un indio solo tuviese que cultivar mucho terreno de quebrada, seguramente pasaría el año arando y podría recoger el fruto primero sembrado, cuando terminase el último surco; pero como no tocan á grandes porciones de tierra, aprovechan el trabajo empleado.

No pudo soñar Virgilio para sus Geórgicas herramientas de labranza más primitivas ni raras que las usadas por el indio; y si bien es verdad que el padre didáctico de la agricultura se asombraría hoy, viendo arados de vapor, segadoras, trilladoras y demás instrumentos de utilidad y precisión, no es menos cierto que desecharía por rudimentarios los aperos que usan los descendientes de los Incas.

¡Y que les vayan con otros!

Mientras el *taita* Lloveras nos refería mil cosas respecto á usos y costumbres de aquellas gentes, caminaban nuestros caballos quebrada abajo y de veras que la tormenta nos alcanzaba.

En la opuesta ladera retumbaban los truenos, cuyo ruido venía de rechazo á estrellarse en nuestros oídos, descendiendo pausadamente por las ondulaciones y el cauce del río, cuya impetuosa corriente serpenteaba entre rocas y guijos con inusitada violencia.

Como los truenos tableteaban chocando encajonados en las estrechísimas gargantas de la aneróidea quebrada, empalmábanse el morir de uno y el apuntar de otro, infundiéndonos verdadero espanto.

Los relámpagos despedían vivísimo centelleo, y de vez en cuando hería nuestra retina el culebreo de una chispa que nos obligaba á cerrar los párpados apretándolos mucho.

Los caballos sacudían la cabeza moviendo nerviosamente las orejas, y resoplaban tascando el freno, que á duras penas contenía los ímpetus que la electricidad les comunicaba.

Fueron las nubes de plomizas tornándose negras, y la obscuridad nos impedía ya divisar la opuesta ladera, de vez en cuando iluminada por una centella que nos hacía lanzar gritos ahogados y miedosos.

Por fin las nubes se rasgaron comenzando á soltar cubas de agua sobre la tierra: aquello no era llover; era vaciar nieve líquida, y arrojar granizo con fuerza contra nuestras fisonomías, que no por muy embozadas dejaban de recibir alguna peladilla helada que nos hacía ver las estrellas.

– ¡Corramos para guarecernos en aquel *chalet!*, dijo nuestro cariñoso compañero.

– ¡No corramos, por Dios!, grité yo; los rayos persiguen á los cobardes; acortemos el paso.

Llegamos sin apresurarnos á lo que el *taita*, con muy buena sombra, llamara *chalet*, y que no era sino una cabaña hecha de adobes, á la cual daba acceso un hueco tan menguadito que nos fué preciso entrar casi á gatas.

La primera operación se redujo á vestir las monturas con nuestros impermeables, pues que lo peor del caso hubiera sido que se mojasen, y cuando cada cual se hubo cuidado de lo más importante, que era su respectiva cabalgadura, nos apercibimos de los infinitos seres que se hacinaban en aquella choza.

Había frente á ésta unas peñas llenas de agujeros apenas perceptibles, en donde era fama que anidaban *vizcachas* en abundancia, especie de liebres pequeñas, de carne sabrosa, pero que repugna á muchos europeos, sin que se me alcance el porqué de la repugnancia.

EVA CANEL

(Continuará.)

EL MUSEO DE BULAK Y EL MUSEO DE GIZEH.

El Museo de Bulak ha desaparecido: los monumentos que lo constituían han sido trasladados al palacio del jedive, en Gizeh, y de hoy más, Museo de Gizeh habrá de denominarse el lugar en donde Egipto conserva y expone á la curiosidad de los viajeros sus antigüedades nacionales.

No sin sentimiento han tenido los sabios de todos los países noticia de este traslado. Desde que Said-Bajá había concedido á Mariette las ruinas de una mezquita transformada por Mohamed-Alí en edificios de explotación para el servicio de los vapores, el Museo había sufrido varias modificaciones. Instalado al principio en cuatro ó cinco pequeñas habitaciones construídas paralelamente al Nilo, que reproduce el *Album* publicado por Mariette, muy pronto fué trasladado á un edificio nuevo, situado á pocos metros de aquéllas y edificado en forma de escuadra en las orillas mismas del río. Restaurado desde 1878 á 1880, después de una inundación espantosa que por poco lo destruye; aumentado casi en un doble de su primitiva extensión en 1882, dueño de considerables terrenos en los cuales se alzaban sus almacenes provisionales y en donde se creía que se levantarían más tarde nuevas salas, parecía destinado á permanecer para siempre en el sitio en que Mariette lo construyera. Este Museo estaba cómodamente dispuesto, tenía buenas luces, era alegre visto al exterior y su proximidad al Cairo hacíale accesible á todas horas y sin la menor dificultad. El grabado núm. 2 representa la *Sala funeraria* á fines del mes de junio, cuando el director y sus ayudantes, de regreso del Alto Egipto, colocaban á lo largo de las paredes los monumentos adquiridos durante la última campaña de invierno. Siempre que esto sucedía, había que proceder á cambios de sitio, pues era preciso encontrar lugar para los recién llegados, ponerlos, en cuanto posible fuese, al lado de los objetos de índole análoga y de la misma época. Este año, lo recuerdo bien, acabábamos de descubrir la necrópolis de Akhmim y traíamos un botín inmenso: el gran sarcófaco de piedra, uno de cuyos extremos se ve en el grabado, había sido colocado, no sin trabajo. Esta pieza, perteneciente á la época griega, es curiosa por el nombre del personaje y sobre todo porque está á medio acabar, detalle que me había movido á llevarla, á pesar de lo mucho que pesaba: en efecto, sólo una parte de los motivos que la adornan está esculpida, el resto no está más que dibujado al pincel. Esta sala era una de las más pintorescas del Museo: en uno de sus ángulos se alzaba una tumba completa, la de Harhotpú, que había sido desmontada en Tebas y luego reedificada piedra por piedra. A lo largo de las paredes, en torno de las columnas, junto á las puertas, en todas partes, en suma, yacían alineados sarcófagos de fagos, estelas, un piramidión de obelisco, puertas y tumbas antiguas, centenares de monumentos, cada uno de los cuales por sí solo constituía la carga de un barco, y que fué preciso bajar, embarcar, desembarcar y subir objetos, y todo ello con mil precauciones y cuidados exquisitos, pues la piedra está en muchos de aquéllos podrida ó disgregada y amenaza romperse al menor choque. El transporte de las antigüedades de pequeño tamaño era, quizás, más peligroso todavía, pues, aun prescindiendo del peligro del robo, considérese cuánto tiempo y cuántos cuidados hubo que emplear para embalar cerca de quince mil pequeños objetos de cristal, cornalina, madera y piedras diversas, todos friables por causa de su vejez y la mayor parte de los cuales medían apenas algunos centímetros de altura. Y añádase, además, á todo esto la obligación de no desmantelar el antiguo Museo antes de la partida de los turistas, que se efectúa en mayo, y el arreglo del Museo nuevo para que estuviese terminado antes de la llegada de los nuevos turistas, ó sea á mediados de noviembre. M. Grebant tomó tan bien sus medidas, que consiguió realizar sus trabajos dentro de los plazos prescritos. El Museo de Bulak quedó cerrado en mayo de 1889 y el de Gizeh se inauguró en diciembre del mismo año, con gran asombro de los egipcios, que no se atrevían á esperar se procediera con tanta rapidez.

La disposición interior del de Gizeh es muy notable: el decorado de las salas es, como puede verse en nuestros grabados 1 y 3, ese estilo bastardo de decadencia italiana que se encuentra en la mayor parte de los palacios y de las casas levantados en Egipto

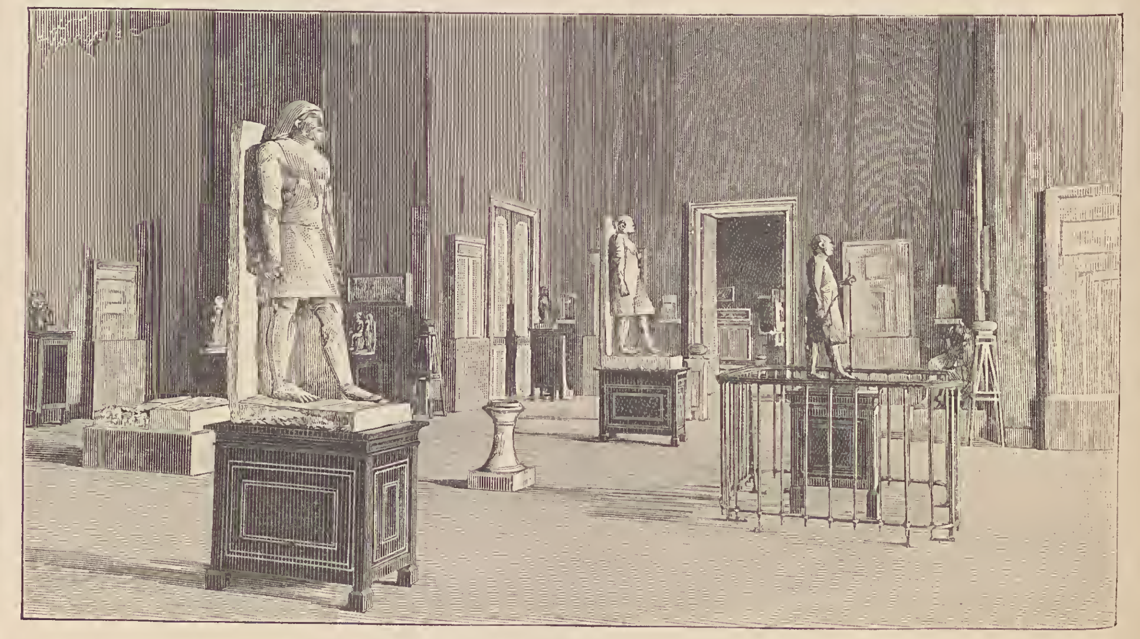


Fig. 1. El nuevo Museo de Gizeh. Salón del antiguo Imperio. (De una fotografía.)

momias de cara amarilla, verde, azul, rosa, rojo obscuro, oro reluciente que inspiraban miedo á nuestros guardianes árabes, los cuales, de noche, sólo por fuerza y temblando penetraban en aquella estancia, en donde les infundían pavor «aquellos ojos grandes y siempre abiertos que les miraban y que se proponían volverles locos.» En Bulak, creían los supersticiosos que esta sala y la contigua, la de las *Momias regias*, eran visitadas por el espíritu de los viejos egipcios cuyos cuerpos ó ataúdes reposaban en ellas.

La traslación á Gizeh es, á mi entender, lamentable, y me temo que algún día el gobierno egipcio se arrepentirá de haberla ordenado; los beduínos de la Gran Pirámide están demasiado cerca de aquella ciudad y conocen perfectamente el valor de los escarabajos y de las joyas, razones por las cuales no dormiría yo muy tranquilo si todavía estuviesen confiados á mi custodia tantos tesoros. Además, el palacio de Gizeh está pésimamente dispuesto para el nuevo uso á que se le ha destinado: las salas reciben la luz por los lados; la iluminación es, pues, deficiente, y una parte de los objetos queda envuelta en la sombra Con las sumas gastadas en los transportes y en apropiar el edificio para el destino que se le ha dado podría haberse construído un Museo nuevo en terreno más á propósito. M. Grebant, actual director de las excavaciones en Egipto, se impuso, por consiguiente, una tarea ardua que ha llevado á cabo con notable habilidad, mereciendo los plácemes de todo el mundo, así de Oriente como de Europa

Para formarse idea de las dificultades materiales del trabajo por él realizado, bastará tener en cuenta que hubo de hacer mover colosos de granito, sarcófagos

durante el presente siglo; y aun cuando este decorado no es el que más conviene al aspecto y á la naturaleza de los monumentos expuestos, M. Grebant ha salvado esta discordancia lo mejor que ha podido, con la ingeniosa disposición de los objetos, habiendo sabido agruparlos con habilidad tanta, que la atención del viajero se concentra enteramente en ellos y no se fija en los lamentables detalles de ornamentación. El grabado núm. 1, que representa la sala del antiguo Imperio (á falta de otros, consigno los nombres usados en el Museo de Bulak), dará una idea del modo cómo ha precedido: en medio de la sala álzanse las hermosas estatuas que por su valor artístico tienen derecho á estar colocadas en plena luz; puestas de cara á las ventanas, no pierden nada de su belleza á pesar de la claridad sobrado intensa que hasta ellas llega. Delante de las demás y rodeado de su tradicional verja de cobre, se distingue el *Scheik-el-beled*, esa admirable estatua de uno de los jefes de corbea que construyeron la Gran Pirámide: los que la vieron en la Exposición de París de 1867 pueden recordar la admiración mezclada de estupor que entonces produjo (1), pues nadie en Europa sospechaba que los antiguos artistas egipcios crearan obras tan magníficas ni tan espontáneas. Las dos estatuas de piedra caliza que aparecen á sus lados son de dos personajes de la quinta dinastía: Ti y Ranofir; la de este último se distingue por lo bien puesta que está la figura y por su hábil ejecución, cualidades que la ponen casi al nivel del *Scheik-el beled*. Las grandes estelas,

(1) Una reproducción de la misma puede verse en el *Album photographique* de Mariette.

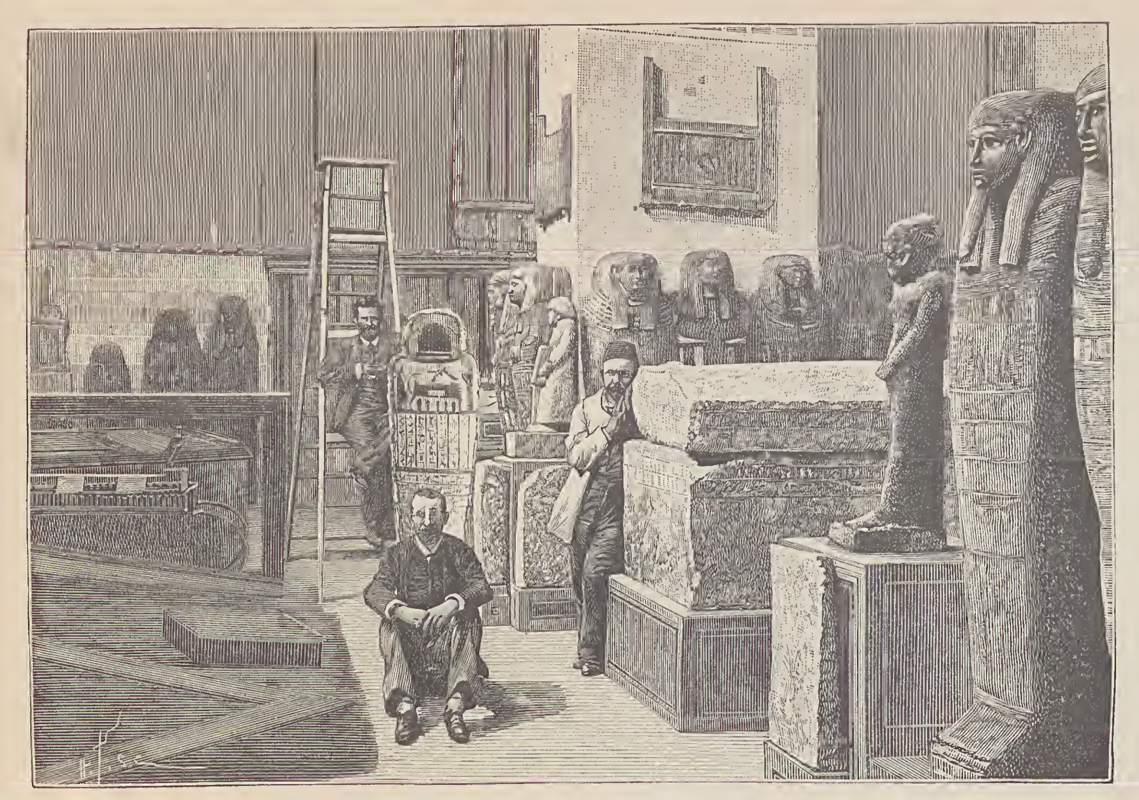


Fig. 2. Sala funeraria del antiguo Museo de Bulak. (De una fotografía.)

las estatuas de menos interés y los bajo-relieves están colocados á lo largo de las paredes y la luz que reciben no es tan buena como la que ilumina á aquéllas de aquí que en general llamen menos la atención de los visitantes, que los contemplan con mirada distraída, fijándose sólo en los objetos aislados en el centro de la sala. Por la puerta del fondo se distingue una parte de la sala vecina con sus estatuas y sus papiros colgados de las paredes.

El grabado núm. 3 representa la nueva *Sala funeraria*; en el fondo una escalinata moderna ostenta sus dobles tramos y sus mesetas superpuestas. A la primera ojeada se ve cuán poco armoniza el decorado con el contenido de la sala; pero prescindamos de este orden de consideraciones. La sala es obscura, y fácil es comprender cuánto trabajo habrá costado á M. Grebant sacar buen partido de ella. Los sarcófagos que en la misma se ven son en su mayor parte los que también reproduce el grabado núm. 2, pero diseminados sobre el suelo de una sala demasiado grande. Por fortuna los huecos se llenarán pronto; Egipto, á pesar del pillaje de que es víctima hace algunos años, es todavía tan rico, que M. Grebant tendrá pronto á su disposición sarcófagos suficientes para poblar esta y todas las salas del Museo. Las momias de reyes de Deir-el-Bahari están reunidas en un salón del primer piso, encerradas en las mismas cajas de madera y cristal que tanto me costó procurarles: llégase hasta ellas por la misma escalinata que se ve en el fondo del grabado núm. 3, pasándose desde allí á otras salas en donde están expuestos los monumentos de regular tamaño, admirados de verse instalados cómodamente; muchos de ellos apenas podían ser contemplados en el antiguo Museo. Cierto que la inmensa mayoría del público se aprovechará poco de esta ventaja, pues en su mayor parte esos monumentos, aunque interesantes para la arqueología, no tienen ningún valor artístico; pero los sabios no dejarán de sacar de ello alguna utilidad, cuando menos la de poder comprobar con los originales las copias publicadas por Mariette.

No me detendré en describir el patio de cristales ni las obscuras salas que lo rodean: con lo dicho basta para dar una idea de lo que es el Museo nuevo y para indicar en qué se diferencia del antiguo.

El Museo de Bulak es actualmente un recuerdo del pasado, que ocupará un lugar glorioso en la historia. Al Museo de Gizeh le deseo una suerte más tranquila, un aumento en riquezas igualmente rápido y sobre todo una vida más dilatada.

G. MASPERO
Del Instituto de Francia

DE MÁLAGA Á GRANADA

El momento de partir es perfectamente conocido. Con regularidad matemática y como si se tratase de un paso de baile ensayado á la perfección, repítense las campanadas, suena el silbato, nótase la tensión de las cadenas y tras el estremecimiento de los coches el tren inaugura su marcha.

Parientes, amigos y curiosos quedan en el andén; una que otra cabeza asoma por las ventanillas de los vagones para dar la última despedida, rápida y en armonía con el sistema de locomoción que, al borrar las distancias, parece que borra, ó poco menos, la impresión penosa de las separaciones.

Antes los preparativos del viaje eran largos y minuciosos; la combinación y la anticipación para obtener el billete en la diligencia reclamaban relativo cuidado. No había apresuramiento de ninguna especie; el mayoral, personaje característico, daba la voz de *¡al coche, señores!*, y aun quedaban algunos minutos para repetir encargos y enriquecer el caudal de las lágrimas y formular las recomendaciones oportunas.

Ahora contamos al minuto, y esta forma de la vida inquieta y febril ha modificado la faz de los viajes. *¡Tempora mutantur!*

* * *

Cruzamos la alameda que en larga fila se dilata á uno y otro lado de la vía férrea, una vez transpuestos los almacenes y las cocheras. Pasan cerca de nosotros las chimeneas de las fábricas, semejantes á fantasmas rígidos y gigantescos, y las plantaciones de caña de azúcar tapizan el suelo, que sube en accidentadas líneas hacia el Norte y se desarrolla al Sur en amplia llanura limitada por el mar.

La primera estación es Campanillas. El río de este nombre se abre paso entre sotos y arboledas. El campo recuerda en parte las planicies de Normandía. A lo lejos los montes acentúan sus perfiles, que se destacan de un fondo azul, diáfano y luminoso.

Más adelante nos detenemos en Cártama. La villa, encaramada en una altura, tiene como remate una ermita, objeto de especial veneración.

La estructura del suelo se modifica, y adviértese que nos acercamos á una comarca donde predominan las montañas.

Pizarra ocupa un llano, y desde la estación aparece la modesta localidad rodeada de bosques de naranjos. Diríase que las casas se empinan sobre sus cimientos para ver por encima de las copas de los árboles el tren que pasa.

Ahora está más lejos y, repitiendo una comparación muchas veces empleada, consignaré que se asemeja al nido de un águila. En la estación varios hoteles de sencilla arquitectura invitan á la existencia del reposo, extraño á las capitales.

El campo se viste en estos contornos de numerosas bellezas y tiene puntos de contacto con la muchacha ostentosa á quien todos los adornos se le figuran pequeña cosa para realzar sus gracias. En este valle sucede lo contrario; posee muchos atractivos y ninguno le sienta mal; ni las palmeras, ni los naranjos y limoneros, ni los granados, ni, en suma, los mil componentes del reino vegetal que dan prestigio á la tierra, hermosura al paisaje y aromas al ambiente.

Un poco más allá de Alora y cuando perdemos de vista el convento de Flores, emplazado en un cerro, entre almendros y rocas, cortaduras y campos labrados, cambia la decoración. La nota de lo risueño cede á la trágica. Las montañas de los Gaitanes sepultan accidentalmente el tren en numerosos túneles. Este paraje es grandioso; fallas medrosas, abismos por donde rugen las aguas del Guadalhorce, caprichos del mundo geológico; he aquí, en breve, lo que son los Gaitanes, paréntesis de desolación en una zona pintoresca y próvida de vida.

* * *

Pasamos frente á otras estaciones que nada ofrecen de particular. Nos acercamos á Antequera. Sus alrededores muestran carácter distinto de los campos que quedan lejos. Los cultivos de las cercanías de Málaga hacen pensar en el plácido clima de la costa: los que forman el término de Antequera acusan un clima menos apacible. En cambio, se observa con signos inequívocos toda la dulzura de la existencia agrícola.

La ciudad exhibe algunos de sus edificios por el claro que dejan unos montes. La *Peña de los enamorados* evoca recuerdos de otra edad, que no menciono porque son harto conocidos. El adusto peñón se levanta aislado y severo. Rebaños de ovejas pacen en las agrias vertientes, y besan las descarnadas piedras de la base las espumosas aguas del río.

¡Archidona! Desde la vía tiene puntos de contacto con esas ciudades de juguete que produce la industria alemana.

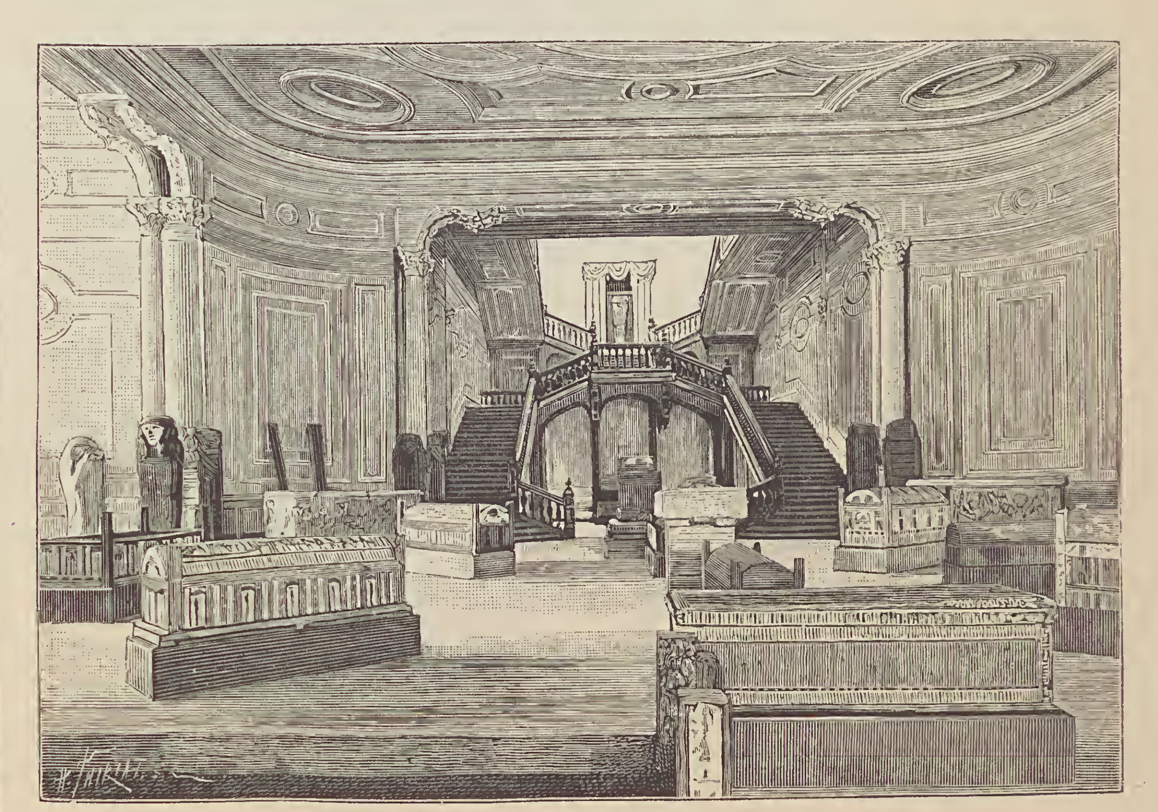


Fig. 3. El nuevo Museo de Gizeh. Sala funeraria. (De una fotografía.)



FIESTA POPULAR EN VENECIA, cuadro de F. Zonaro



EL HOSPITAL ALEXANDRA PARA NIÑOS ENFERMOS DE COXALGIA (Londres). La sala de Schachnar. – Visita de la mañana

El tren apresura la marcha... Aspiramos efluvios de arboledas, frescuras de aguas vivas, emanaciones salutíferas; nos recreamos en perspectivas arrogantes de huertas y verjeles; en la contemplación de una ciudad con muros y torreones, que tiene á su espalda, como bastión formidable, una áspera sierra; vemos un río que se desliza entre hiladas de sauces y álamos;... es el Genil y la ciudad Loja, la que se ufana con la aureola de sus recuerdos y la grandeza de su ejecutoria, la que hace pensar en Moraima y en Aliatar.

Entramos en el país de las historias de moros y cristianos, de las leyendas y las fantasías. ¡Como que nos acercamos á Granada! La Sierra Nevada dibuja en lejanías confusas sus perfiles, y la distancia que nos separa de la egregia señora de la Alpujarra y de la corte de Boabdil no nos impide reconocer las cumbres del Veleta y de Muley Hacem, blancas y altivas.

Pronto nos extasiaremos á placer en la visión sublime, que surge ahora con tintas de nácar y violeta, vagas cual si el esfumino hubiera suavizado sus tonos.

La noche pone fin al panorama desarrollado ante mis ojos. Los términos se borran y el campo de observación se reduce á un primer plan, limitado y de idéntico matiz dondequiera.

Algo inexplicable se bosqueja en la obscuridad. Es la Sierra Elvira, masa escueta, exhausta de vegetación, que se destaca de la Vega, contrastando con las expresiones de la naturaleza fecunda de estos campos, regados por las aguas de anchas acequias y bulliciosos riachuelos.

Los caseríos anuncian la proximidad de Granada. Las arboledas son más frecuentes y, al cabo, rompen la obscuridad multitud de luces, esparcidas en diferentes alturas.

La locomotora dice con su grito estridente que nos acercamos á la estación; el tren acorta la marcha; gimen las plataformas y llegan hasta nosotros chasquidos de látigos, alegres campanilleos, voces confusas.

¡Estamos en Granada!

***

Un paseo por la ciudad ofrece interés y sirve para establecer comparaciones, siempre útiles, en cuanto señalan modificaciones de usos y costumbres. La población antigua ha perdido gran parte de su aspecto; las callejas inverosímiles caen poco á poco, y en lugar de las libérrimas construcciones de ayer, impera el atirantado y se advierte la influencia de la urbanización contemporánea.

Lo pintoresco y lo original pierden en el cambio y, á las veces, sufre detrimento la higiene, porque las viviendas de extensos patios son reemplazadas con esos cubos de cuatro y cinco pisos, en los que el mísero ciudadano tiene estrictamente la cantidad de aire necesaria para la respiración.

El río Darro atraviesa la ciudad desde la *Carrera* de aquel nombre hasta unirse al Genil bajo el puente próximo á los Basilios. Es un raudal exiguo y al par traidor, que nace en Jesús del Valle, corre y trisca por cañadas y montes y entra en la capital, bullicioso y alegre, bañando el cerro que sirve de base al palacio real de la Alhambra, recreándose en los viejos casuchos de una parte del trayecto y ocultándose luego bajo el embovedado de hermosas calles.

El Genil se da humos de personaje, pero su prosapia no es mejor que la de su compañero Tiene origen en el barranco de San Juan, en la Sierra Nevada, y le dan vida multitud de glaciales arroyuelos. Al llegar á Granada señalan su camino magníficas alamedas, que en las cercanías del paseo de la *Bomba* y en unión del cuadro de la Vega constituyen un paisaje de peregrina belleza.

***

Los *Cármenes* acusan su presencia con numerosas manchas de verdura. Estos deliciosos jardines, por lo común situados en términos que permiten disfrutar de admirables vistas, están diseminados en diferentes puntos, como la Carrera de Darro, la Alhambra, San Cecilio, el Sacro Monte, etc., y en ellos se destaca lo poético bajo la forma de flores, saltos de agua, estanques, glorietas y esos caprichos en los que el arte se une á la naturaleza para producir obras variadas y ricas de encanto.

***

Hablar de la Cartuja, escondida en el silencio de los olivares; describir el Sacro Monte, encaramado en la cumbre de un cerro de original acceso, merced á las singulares guaridas donde viven los gitanos que llenan el camino; dedicar una memoria á los suntuosos templos y un recuerdo á la Universidad donde cursaron tantos varones ilustres, honra de nuestra patria, reclama una labor de índole distinta á estas *impresiones*, y en consecuencia hago punto.

***

El Albaicín tiene el aspecto de una ciudad muerta; pero aquella muerte no repele, antes bien atrae; pues vemos despojos de otros siglos, y á poco que divaguemos, forjamos la población de antaño, levantisca, animada, amenazadora, que con frecuencia difundía la alarma en la ciudad.

Comparado el Albaicín con el resto de Granada es una petrificación semi-fantástica de una edad fenecida. Aquel barrio más vegeta que vive; aquellas construcciones, muchas de las cuales guardan primorosos restos árabes, parecen conservadas allí por virtud de un prodigio y no por el hecho natural de la existencia.

Los aljibes de bóvedas sombrías, las grandes plazas donde alternan en íntimo consorcio seres humanos y rebaños de cabras, las tapias rotas ó vacilantes, las encrucijadas siniestras, las ruinas que esmaltan el suelo y hasta el tañido de las campanas de los templos, todo hace pensar en lo pasado, en lo remoto, en lo caduco.

La idea de antaño se aferra tanto más á la imaginación, cuanto que nada la distrae, porque al Albaicín no llegan los rumores de la ciudad y nos encontramos en un medio que solicita el ánimo para la meditación triste y penosa, sin que basten á desposjarla de este distintivo el cielo azul, los rompimientos maravillosos de hermosura que brindan la revuelta de una calle, el muro desmoronado, la enhiesta altura y los cármenes cuajados de flores y pájaros y resonantes de aguas corrientes.

***

El ingreso en el bosque de la Alhambra, una vez pasada la Puerta de las Granadas, sorprende. La primera impresión es una suerte de deslumbramiento, y hay que esperar la reacción para hacernos cargo de aquel mundo inexplicable. Venimos de una zona de luz fúlgida y nos encontramos en el misterio de otra luz recatada, que cae como cernida al través de las ramas de los altísimos álamos. Entrelazan éstos sus copas, fingen tejido de hojas y ramas y, en gradación perfecta, se apartan para dejar paso y se unen lejos, por consecuencia de una ilusión óptica.

Dos paseos pendientes y desabridos sirven de marco á la calle principal del bosque. El de la izquierda deja ver entre los claros un fragmento del recinto de la Alhambra. El de la derecha esconde en la profusa vegetación las Torres Bermejas. A uno y otro lado de la calle central corren, encerrados en cauces de piedra, arroyuelos ruidosos que salpican las vertientes vestidas de musgo, violetas y otras florecillas.

Allá arriba, en la cúpula de los árboles, resuenan piadas, gorjeos, cantos de ruiseñores, algo parecido á rumor de olas marinas. La bóveda oscila, se estremece, quiebra los rayos solares y, á veces entreabierta un punto, deja ver sobre el verde brillante el cielo azul.

Las cascadas elevan su voz en las frondas. Oyese su ritmo constante, pero permanecen invisibles y es forzoso descubrir los retiros donde se ocultan. Caen sobre las piedras, y ciñe su raudal, como señalándole una ruta invariable, la hojarasca lustrosa, húmeda ó empapada en vapor de espuma.

La torre de los *Siete Suelos* aparece en uno de los paseos. La poesía de sus memorias tradicionales va unida á la prosa y á la idea utilitaria, representadas por un hotel que lleva su nombre... Respetemos el realismo de la humanidad y sigamos adelante.

El *Campo de los Mártires* ocupa una loma de la Alhambra y es un belvedere maravilloso. Sería empeño inútil describir el inmenso espacio que desde allí se descubre; mas para no incurrir en la monotonía de los pormenores, diré que el observador contempla la Sierra Nevada y las demás montañas que limitan la Vega hasta Loja, numerosos caseríos, pueblos, aldeas, ríos, alamedas, olivares y, en suma, privilegiadas bellezas.

Desde el *Cubo*, próximo al patio de los Aljibes, el panorama cambia de aspecto. Al pie del cerro, vestido de almendros, se desliza el Darro, y por su margen izquierda, en una loma, se encuentran entre una vegetación enmarañada, en la que predominan los morales, las fuentes del Avellano, Agrilla y de la Salud, veneros humildes por su cantidad, pero valiosos por sus cualidades.

Transpuesto el cauce del río, desarrolla el Albaicín sus edificaciones hasta coronar el cerro. La cerca ó muralla de la ciudad mancha de obscuro largos trechos que alternan con chumberas compactas; la ermita de San Miguel domina una altura y recorta en otra el colegio del Sacro Monte sus líneas severas.

Más pintoresca y agreste que la entrada en la Alhambra por la Puerta de las Granadas, es la que lleva por el camino de *Peña Partida*, *Fuente Peña* ó *Cuesta del Rey Chico* (que todos estos nombres tiene) hasta ingresar en el recinto murado, pasando el robusto arco de la *Puerta de Hierro*. Es una penosa pendiente que Zorrilla describe con exactitud en estos versos:

Este arrecife tortuoso
que extiende sus líneas combas
entre hiedras y gayombas,
madreselvas y jazmín,
solitario, áspero, umbrío,
parece el lecho de un río
que dividió en otro tiempo
el alcázar del jardín.

A un lado de la cañada melancólica se alza el monte y frente á éste se dilatan los muros de la Alhambra. La torre de los Picos, la de la Cautiva, la de las Infantas, aparecen allí grietadas y vestidas de hojas que rompen con su color animado el matiz desabrido de la fábrica árabe. Unas revelan en la gallardía de sus contornos los esplendores de la época de su apogeo; otras afectan carácter más modesto, quizá porque la acción de los años causó en ellas estrago mayor; pero todas conservan estancias en las que subsisten interesantes inscripciones y ejemplares artísticos de mérito indudable.

Penetrando en la Alhambra por la Puerta de Hierro, seguimos un estrecho pasadizo, y en pos de un arco de herradura y al extremo de una calle formada por los muros de varios cármenes nos encontramos en una plaza con árboles que á un lado tiene la iglesia de Santa María y al otro el palacio de Carlos V. Es esta obra una elegante expresión del arte grecoromano, y tuvo por modelos la iglesia de Santa María la Mayor, de Roma, el templo de Pisa y el palacio Viejo de Arnoldo di Lapo.

Para describir la Casa Real de la Alhambra sería menester un libro voluminoso. Calculad si en estos apuntes hay medio hábil de dar siquiera una idea de aquella construcción. La fachada, harto modesta, no armoniza con el interior; pero una vez pasada la puerta, y cuando nos encontramos en el patio de los Arrayanes, comprendemos todo lo que vale y significa aquella creación fantástica, y recorremos, como presa de extraña alucinación, el patio de los Leones, la sala de los Abencerrajes, la de las Dos Hermanas, la del Tribunal, el Mirador de la Reina, el de Lindaraja, los patios de la Reja y de Lindaraja, la sala de las Camas, la de los Secretos, la de las Ninfas, los Baños, el patio de la Mezquita, la Capilla Real, la sala de Comares ó de Embajadores y la de la Barca, que á influjos del reciente incendio muestra vestigios de la devastación, así como el vestíbulo que precede á la referida sala.

***

Generalife es otra joya; pero la mano torpe de no sabemos quién ha borrado desde hace tiempo los primores de la arquitectura árabe, embadurnando con cal los alicatados, tracerías y toda la complicada labor de las estancias, de modo que la riqueza de los colores, y con ellos la vida y el sello característico del artificio, perdieron su importancia para convertirse en una construcción vulgar.

Sin embargo, lo que la ignorancia hizo en el concepto de profanación artística, no pudo lograr respecto de la naturaleza, y aquel deleitoso retiro, llamado *Jardín del arquitecto*, *Huerta del Zambrero*, *Jardín del citarista* ó *Casa del placer*, alardea siempre de sus jardines, sus saltos de agua, sus arboledas opulentísimas y sus miradores que permiten gozar, desde la altura donde está emplazado, una de las más bellas perspectivas que se conocen.

***

Granada vive de sus recuerdos y mira sus monumentos con cariñoso afán, dedicándoles verdadero culto.

La decadencia de aquella capital, acentuada de día en día, no ha sido causa para amortiguar esa forma del patriotismo, que se perpetúa de generación en generación.

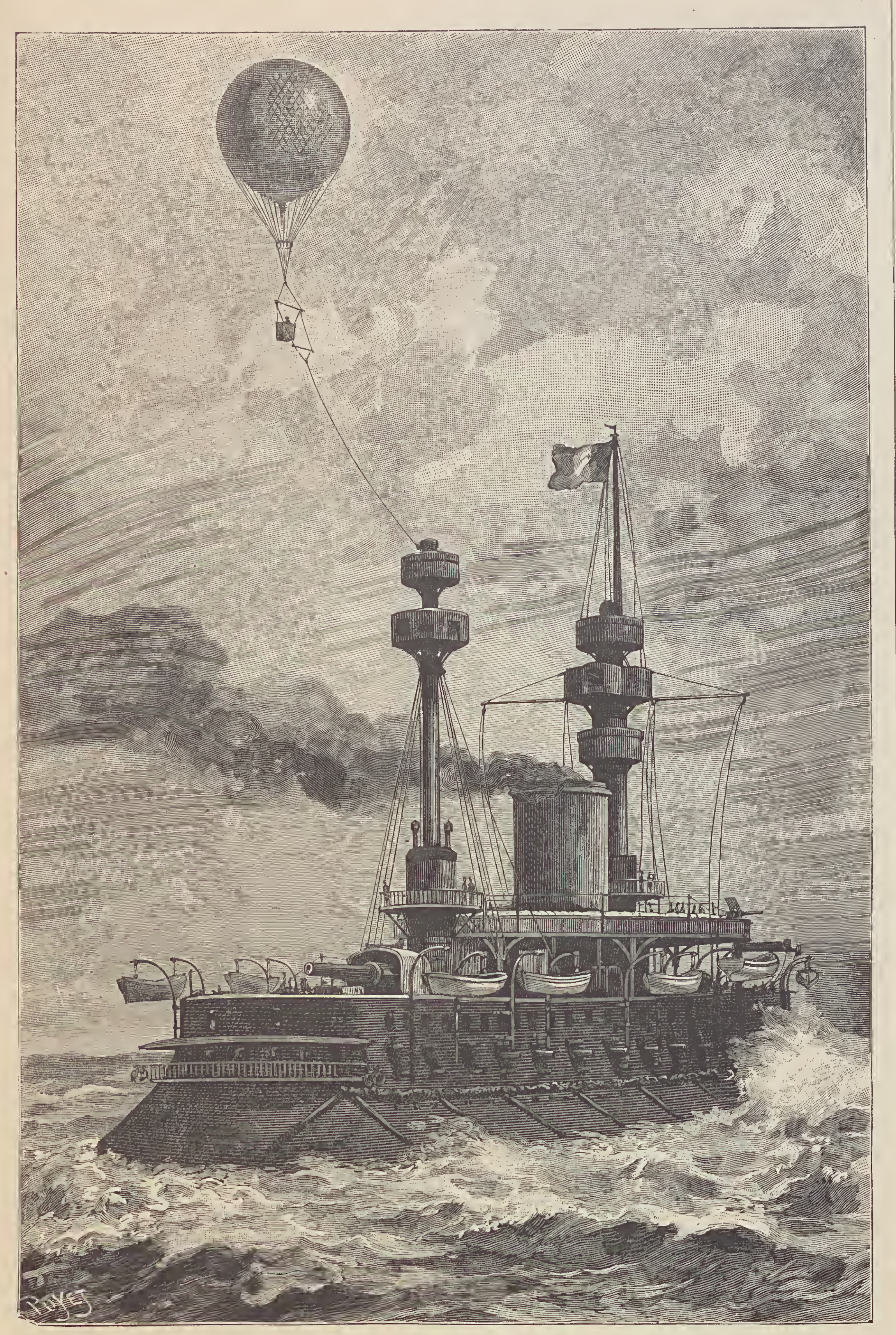
Si Granada no tuviera otros muchos títulos para merecer la general estimación, el que señalamos bastaría á conquistarle el respeto que merecen los pueblos guardadores de los prestigios de su historia.

AUGUSTO JEREZ PERCHET

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS AEROSTATOS CAUTIVOS DE LA MARINA FRANCESA

Todos los cuerpos de ejército franceses poseen actualmente un material completo de aerostación militar, destinado á servir de puesto de observación aéreo en tiempos de guerra. La utilidad de los globos cautivos ha sido ya universalmente reconocida, y hoy la mayor parte de las naciones europeas ha seguido el ejemplo dado por Francia ¿Por qué los aerostatos cautivos no han de prestar á la marina los mismos servicios que á los ejércitos de tierra? ¿Por ventura el jefe de una escuadra no tiene tanto interés en seguir de lejos los movimientos de los barcos enemigos, como un general en jefe en conocer la marcha de los regimientos contra los que tiene que combatir? ¿No es acaso de la incumbencia de la marina operar desembarques y atacar las plazas fuertes marítimas? En este caso las observaciones aéreas pueden suministrarle datos de utilidad suma.



Experimento de aerostación cautiva ejecutado á bordo del acorazado francés *Formidable*

Tales son las cuestiones que viene estudiando desde hace muchos años uno de los más distinguidos oficiales de la marina francesa, el teniente M. Serpette, quien gracias á la perseverancia de sus estudios ha logrado dotar á la escuadra francesa del Mediterráneo de un material de globo cautivo que puede ser transportado por mar y montado en un acorazado, desde el cual cabe operar en las más favorables condiciones. Mucho se ha hablado, en estos últimos tiempos, de tan interesantes experimentos, y hoy podemos dar algunas noticias exactas sobre esas nuevas y notables tentativas para utilizar los globos.

El aerostato cautivo de la escuadra del Mediterráneo ha sido construído en la fábrica aeronáutica militar de Chalais-Meudon, bajo la dirección del comandante Renard; es de pequeñas dimensiones; su volumen es de 320 metros cúbicos; no puede elevar á la altura de 400 que permite su cable más que á una persona, y se llena de hidrógeno puro preparado de antemano y encerrado en tubos de compresión á una presión de 100 atmósferas. El globo cautivo se encuentra hinchado en un gran cobertizo del arsenal del puerto de Tolón, y cuando ha de funcionar una compañía de marineros lo transporta en brazos por medio de cuerdas ecuatoriales.

Después de interesantes experimentos de aerostación cautiva hechos durante el mes de agosto último en tierra, en Lagoubran y Tamaris, se procedió á los ensayos en el mar. En los días 21 y 23 de dicho mes pudo el globo ser remolcado por una canoa de 10 metros, una chalupa ó un torpedero; el día 29 hizo una ascensión en él el almirante Duperré, que permaneció largo rato á una altura de 250 metros. Terminadas en la primera quincena de septiembre las pruebas en tierra, procedióse á los experimentos en un buque, ora en marcha, ora anclado. Un gran número de ascensiones se verificaron á bordo del *Saint Louis*, ocupando sucesivamente la barquilla más de treinta oficiales de todas graduaciones. M. Serpette verificó una ascensión libre, separándose del *Saint Louis*, y después de haberse elevado á una altura de 1.200 metros, bajó nuevamente á la superficie del mar, en donde echó su cono-áncora y fué recogido por el *Audacieux*, que le condujo de nuevo al *Saint Louis*.

Otros experimentos se habían efectuado antes y con gran éxito á bordo del buque almirante *Formidable*, en cuya torre de popa ha instalado el teniente Serpette el puesto de ascensiones cautivas. Por medio de un ingenioso sistema de cordajes y poleas hízose pasar el globo desde el sitio en que estaba colocado al extremo superior de la cofa militar, en donde fué maniobrado por medio de una cuerda que fácilmente se gobernaba desde el puente del buque.

Todos los oficiales que subieron en la barquilla declararon unánimemente que era este un puesto cómodo de observación; en tiempo claro pudo distinguirse desde Lagoubran todos los detalles de la costa, desde la entrada de Marsella hasta el extremo oriental de las islas Hyeres, y en un radio de 30 á 40 kilómetros ningún barco habría escapado á la observación del aeronauta. Con un cable de seda y en tiempo de calma, el globo podrá elevarse á una altura de 400 metros.

El teniente de navío Serpette y los oficiales que, como él, han verificado las ascensiones cautivas, han notado un hecho muy conocido de los aeronautas, á saber: que el agua, considerada según la vertical, es de notable transparencia. Durante las ascensiones cautivas se distinguían los detalles del fondo del mar aun á grandes profundidades. Esta visibilidad depende de la naturaleza del fondo del agua; pero dondequiera que éste se compone de rocas mezcladas con arena aparece con tal limpidez, que podría ser dibujado aun tratándose de profundidades de 25 metros. Esta propiedad ha sido utilizada para seguir las evoluciones del submarino *Gymnote*, al que no se perdió de vista ni un momento fuese cual fuese su inmersión.

Los pequeños aerostatos de seda de China, fabricados en el establecimiento de Chalais-Meudon, son en extremo sólidos y pueden resistir la acción de un viento intenso, ó lo que viene á ser lo mismo, ser transportados á gran velocidad por los barcos que los remolcan. Se nos asegura que el día 6 de septiembre el torpedero *Audacieux* no invirtió más de dos horas en salvar las 21 millas que separan la rada de Tolón del sitio en donde estaba anclado el *Saint Louis* en la rada de Hyeres; el globo estaba en ascensión con un cable de 50 metros. En un buque de grandes dimensiones, como por ejemplo un acorazado, será mejor hacer los transportes amarrando el globo junto al puente por medio de sus cuerdas ecuatoriales; de esta suerte estará sólidamente sujeto y podrá resistir más fuertes brisas. Y aun será conveniente disponer para el aerostato un abrigo con telas convenientemente colocadas, como lo hacía ya el valiente capitán aeronauta Coutelle en el ejército de Sambre y Meuse, en 1794; porque no hay que olvidar que si el descubrimiento de los globos es patrimonio del genio científico de Francia, los aerostatos han prestado á la patria grandes servicios durante las gloriosas guerras de la primera república y durante el sitio de París.

Los ensayos de que acabamos de hablar fueron comenzados en 1888 por el teniente de navío M. Serpette, y el mejor elogio que podemos hacer de la eficacia de las mismas, es decir que las naciones extranjeras adoptan ya los procedimientos que la marina francesa habrá sido la primera en experimentar. A fines de septiembre funcionó en Wilhelmshaven un globo cautivo á bordo del buque alemán *Mars;* las ascensiones se verificaron directamente en el puente de popa, y el globo, en tiempo de calma, pudo elevarse á una altura de 400 metros.

GASTÓN TISSANDIER

***

BALANZA FOTOMÉTRICA Á BASE DE YODURO DE ÁZOE

Este aparato, inventado por M. Lión, permite comparar, sea las potencias luminosas de dos luces, sea dos alumbrados difusos en opuestas direcciones, sea finalmente un alumbrado difuso con una luz reguladora, por un procedimiento en cierto modo mecánico y exento, por consiguiente, de los errores que provienen de la mayor ó menor facultad de apre-

ciación del ojo del observador. El grado de exactitud de sus indicaciones sólo está limitado por el tiempo que se quiere consagrar á una medición.

El procedimiento está basado en una de las más notables reacciones químicas, la descomposición del

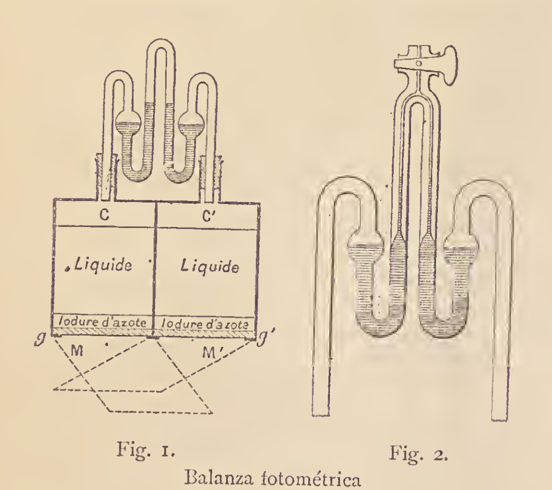


Fig. 1. Fig. 2.
Balanza fotométrica

yoduro de ázoe por la luz. Este cuerpo, preparado por la acción del amoníaco acuoso sobre los polvos de yodo y conservado en el seno de su licor madre, permanece inalterable en la obscuridad absoluta; pero en cuanto se le ilumina sufre una descomposición instantánea y de rapidez variable, según la intensidad del alumbrado, produciendo un desprendimiento de ázoe puro.

Dos superficies rigurosamente iguales de yoduro

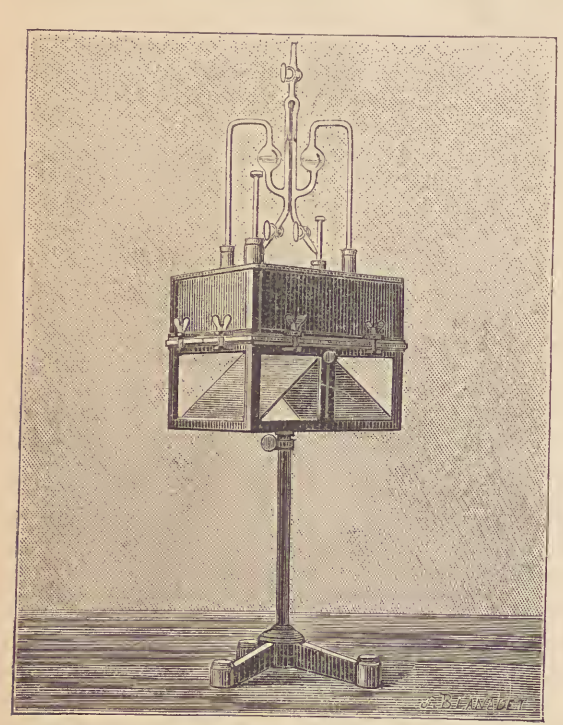


Fig. 4. Vista en conjunto de la balanza fotométrica

de ázoe preparado en las mismas condiciones dan en un mismo espacio de tiempo volúmenes iguales de ázoe, si están sometidas, en la misma incidencia, á iguales alumbrados. Tal es el principio utilizado en este fotómetro.

El aparato, en su esencia, se compone de dos capacidades metálicas igualmente cerradas y yuxtapuestas, cuyo fondo está constituído por cristales g y g' (fig. 1); en ellas se echan sucesivamente polvos de yodo y amoníaco, dejando encima de los líquidos dos cámaras de gas c y c' de igual volumen (algunos centímetros cúbicos solamente).

La reacción que produce el yoduro de ázoe se verifica en tres ó cuatro minutos, y después de realizada se cierran los dos tubulares con tapones de caucho, en los cuales se introducen las dos ramas de un tubo manométrico diferencial que contiene amoníaco y que está representado en la fig. 2.

Los niveles del líquido son los mismos en las dos ramas verticales capilares y yuxtapuestas cuando es la misma la presión en los dos recipientes; pero apenas se produce una variación, por pequeña que sea, en la relación de las masas gaseosas contenidas en las dos cámaras, esta variación se acusa por un desnivel en aquéllas.

El yoduro de ázoe, repartido en capa horizontal delgada en los cristales del fondo, está iluminado por medio de dos espejos M y M' (fig. 1) inclinados á 45° y dirigidos en sentido contrario uno de otro, de modo que el reactivo de una capacidad no sea iluminado más que por una de las dos luces.

Estas, por otra parte, deben estar dispuestas en el plano del tabique de separación de los dos recipientes, una delante y otra detrás.

Si se deja á una de ellas á una distancia invariable, bastará para comprobar sus potencias luminosas acercar ó alejar la otra, guiándose por las indicacio-

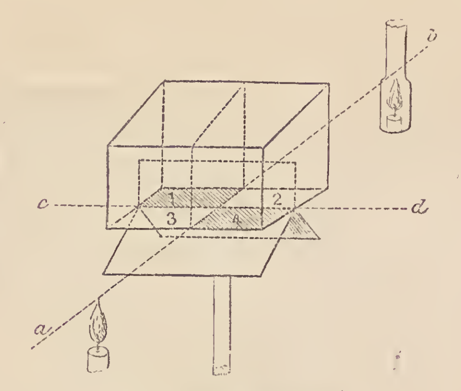


Fig. 3. Balanza fotométrica

nes del manómetro hasta que los niveles sean invariables.

Entonces, si llamamos á estas potencias luminosas p y p' y d y d' á las distancias contadas hasta la arista de intersección de los espejos con el fondo de los vasos, se podrá decir:

$$\frac{p}{d^2} = \frac{p'}{d'^2}$$

Fácil es comprender la razón del dispositivo adoptado y en particular de la yuxtaposición de los recipientes y de la disposición simétrica de las dos luces con relación á las dos mitades del aposento.

En efecto; como los focos que se comparan además de luz emiten calórico y las potencias caloríficas no están en general en la misma relación que las potencias lumínicas, es preciso, á menos de obtener indicaciones absolutamente erróneas, que las dos capacidades reciban en igualdad de tiempo iguales cantidades de calor de cada uno de los focos; se requiere, en una palabra, que el aparato esté rigurosamente compensado por la radiación calorífica.

Y aun ha tenido que irse más allá en este camino, porque además del calor que directamente reciben las paredes del aparato, hay también el que penetra por los cristales después de la reflexión sobre los espejos.

Ahora bien; cada capacidad no recibe más calor que el procedente del foco que le corresponde.

Para obviar este inconveniente, se ha dividido cada cristal en dos partes iguales por medio de un tabique vertical parcial; de esta suerte, el aparato encierra cuatro compartimientos: el 1 y el 3 correspondientes á uno de los recipientes, y el 2 y el 4 al otro.

Colocado el yoduro de ázoe únicamente en los dos compartimientos diagonalmente opuestos, 1 y 4 por ejemplo, se dispone la arista de los espejos en forma de albardilla, según la dirección $c\,d$ de los tabiques parciales (fig. 3). De este modo, cada luz obra químicamente sobre superficies iguales del reactivo en las dos capacidades, enviando al propio tiempo verticalmente al través de sus cristales la misma cantidad de calor.

El aparato se encuentra, gracias á esto, tan perfectamente compensado que aun cuando se le exponga en la obscuridad á un foco calorífico capaz de elevar rápidamente en varios grados su temperatura, nunca se observa una depresión apreciable en los niveles del manómetro indicador.

Completan la balanza dos pistones de cristal que pasan rozando por los tapones de caucho de dos tubulares especiales, y cuyo objeto es restablecer á voluntad la igualdad de niveles en las dos ramas del manómetro, operación que es bueno practicar cada vez que se ha roto el equilibrio, pues entonces la más pequeña reflexión puede ser observada con la mayor facilidad. En realidad, por mucho cuidado que se ponga en la construcción de semejante aparato no cabe esperar que sus dos mitades sean rigurosamente idénticas.

Por esta razón habrá siempre alguna diferencia en el valor y en la naturaleza de las dos superficies impresionables, en la constitución química de los líquidos, en los volúmenes de las cámaras de gas, en el calibre de las dos ramas capilares del manómetro, etcétera. No habrá, pues, que confiar en el resultado de una medición más de lo que se confía en el de una pesada sencilla efectuada en una balanza cualquiera. Pero hay un medio de pesar con exactitud con una balanza inexacta, y este medio, que consiste en el método de las dobles pesadas de Borda, puede servir también para la balanza fotométrica y producirá resultados absolutamente rigurosos, cualquiera que sea la disimetría del aparato.

Basta para ello colocar á un lado y á una distancia invariable una luz muy constante destinada á servir de luz de tara; luego se dispone sucesivamente al otro lado la luz reguladora y la luz que ha de medirse y se equilibra con cada una de ellas la radiación de aquélla.

Si p y p' son las potencias luminosas de dos focos que hay que comparar y d y d' sus distancias del fotómetro que han permitido equilibrar la tara, se tendrá:

$$\frac{p}{d^2} = \frac{p'}{d'^2}$$

y como p es igual á 1, p' será igual á $\frac{d'^2}{d^2}$

Si se quiere comparar los alumbrados difusos procedentes de dos regiones opuestas, basta orientar convenientemente el fotómetro y reducir sucesivamente por medio de un diafracma la superficie activa más iluminada hasta que el manómetro quede inmóvil.

Los alumbrados están en razón inversa de las superficies activas restantes.

Finalmente, para comparar una iluminación difusa con un foco cualquiera, se expone uno de los lados del aparato á la luz difusa, y el otro encerrado en una cámara obscura á la radiación del foco, cuya distancia se varía hasta que se haya realizado el equilibrio.

Como en estos dos últimos casos no puede aplicarse el método de la doble pesada, deberá hacerse una segunda medición, después de haber dado vuelta al aparato, y combinar del modo conveniente los dos resultados.

Si en la comparación de dos alumbrados difusos la primera medición ha dado las superficies s y s' y la segunda las nuevas superficies s_1 y s'_1, los alumbrados están en razón inversa de las medidas aritméticas $\frac{s+s_1}{2}$ y $\frac{s'+s'_1}{2}$

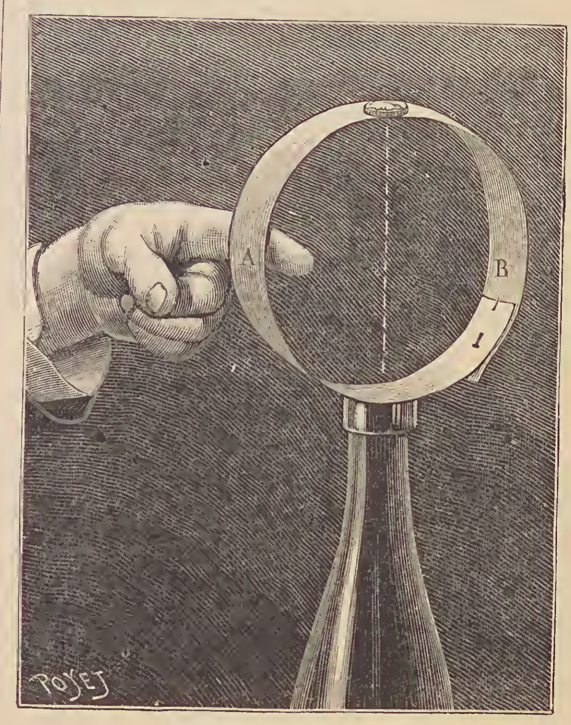
Cada aparato va acompañado de una instrucción que, además de las nociones teóricas propias para explicar su funcionamiento, contiene un manual operatorio escrupulosamente estudiado.

***

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

EXPERIMENTO DE INERCIA

Arróllese una tira de cartón formando un aro que se cerrará con un alfiler y que deberá tener de 10 á 15 centímetros de diámetro, y colóquesele en equilibrio sobre el cuello de una botella, poniendo sobre él y en la vertical que pasa por el centro del cuello una moneda de dos reales. El experimento que se trata de realizar consiste en quitar, dándole un golpe con un dedo, el aro, de modo que la moneda caiga dentro de la botella, lo que se efectuará infaliblemente si se da el golpe en la parte interna A del aro de la manera que indica nuestro grabado. En cambio, si se da el golpe por la parte exterior B la elas-



Experimento de inercia

ticidad del sistema hará totalmente imposible el logro de este resultado, pues la moneda arrastrada por el disco irá á caer siempre fuera de la botella.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Digámoslo una vez más: no viajéis, y sobre todo no vayáis á Venecia solos y sin amor. Para los jóvenes esposos en plena luna de miel, para una pareja de amantes de tapadillo, la góndola es un *boudoir* flotante, un nido en las aguas, como el de los alciones; mas para el melancólico que se recuesta en los almohadones negros de la sombría barca, la góndola es un ataúd.

En los últimos días de Enero Amadeo volvió súbitamente á París, seguro de que no vería allí á Mauricio y á su joven esposa, que, casados el mes anterior, debían permanecer en el Mediodía hasta fin de invierno. Además le llamaban en el teatro para que asistiera á los ensayos de su drama. El notario, encargado de sus intereses, le entregó los títulos de doce mil francos de renta; esto es, el bienestar, el trabajo sin apresuramiento ni concesiones vulgares, la libertad de cultivar el arte puro y desinteresado. El joven poeta, que se proporcionó un elegante alojamiento de soltero en una antigua y hermosa casa del muelle de Orsay, buscó á algunos compañeros de otro tiempo, entre ellos á Pablo Sillery, que había conquistado un puesto distinguido en el periodismo. Volvió á presentarse algo en sociedad y se reconcilió poco á poco con la vida.

Visitó en primer lugar á la madre de Mauricio, y tuvo la satisfacción de encontrarla entristecida indudablemente, pero indulgente con María, resignada al matrimonio de su hijo y satisfecha de que éste se hubiera portado como hombre de honor. En seguida trasladóse á Montmartre para abrazar á Luisa y á la mamá Gerard, que le recibieron con efusión. Ya no estaban tan apuradas, porque Mauricio, muy generoso en cuestiones de dinero, ayudaba á la familia de su mujer. Luisa daba lecciones convenientemente retribuídas, y la señora Gerard pudo rehusar, vertiendo lágrimas de gratitud, la oferta del poeta, que le abría filialmente su bolsillo. Amadeo comió, como otras veces, con sus antiguas amigas, que tuvieron el tacto de no hablarle demasiado de los jóvenes esposos. Pero en la mesa había un sitio vacío, y asaltado por el recuerdo de la ausente, el poeta volvió á su casa aquella noche con el cerebro lleno de negros pensamientos.

Los ensayos de su obra que habían empezado ya en la Comedia Francesa, las largas sesiones en el teatro y los cambios y correcciones indispensables proporcionáronle útil distracción y poderoso preservativo contra sus pesares. Pero *El obrador*, representado en la primera semana de abril, sólo obtuvo del público una atención respetuosa, un éxito de estima. Aquel medio popular, aquellos sentimientos sencillos y rudos, la dama con vestido de indiana, el padre honrado con blusa y medias azules, aquellos ásperos versos salpicados de ardientes términos de la jerga de los arrabales, sobre todo una decoración que representaba una fábrica en plena actividad, con el zumbido de las máquinas y de los trabajadores y las continuas bocanadas de humo, no fueron del agrado de las gentes de la alta sociedad, á las que sorprendió todo esto; porque estaban acostumbradas á lujosos salones de tres puertas, á personajes con título, á adulterios aristocráticos, á declaraciones de amor que á los oídos de la gran coqueta ricamente prendida murmura el galán joven, apoyado en el piano. Además, Jocquelet en su papel de viejo artesano estuvo enfático y exagerado, y le ayudó piadosamente una debutante fea y mediana. La crítica, rutinaria generalmente, estuvo poco benévola, y los menos agresivos rechazaron la tentativa de Amadeo, calificándola de *honroso esfuerzo*. Hubo alguno que se ensañó, y un antiguo melenudo del café de Sevilla, relegado al folletín (precisamente el novelista macabro de sepulturas profanadas), abrumó al autor de *El obrador* con un artículo ultra-clásico, en el que execraba el realismo, tomando por testigos de su indignación á todos los bustos y pelucones de mármol del salón del Teatro Francés.

¡Cosa singular! Amadeo se consoló fácilmente de su fracaso. ¿No tenía las cualidades necesarias para el teatro? Pues renunciaría á él. En suma, no era una gran desgracia abandonar un género artístico que es el más difícil de todos, pero no el primero, y que no permite al poeta desplegar su libre fantasía. Amadeo volvió á hacer versos para él solo, para su propia satisfacción; á embriagarse de rimas y de imágenes, á recoger con dolorosa voluptuosidad las flores de melancolía que la pena amorosa había hecho brotar en su alma.

Llegó el verano y Mauricio regresó á París con su mujer, que en Niza había dado á luz un niño con toda felicidad. Amadeo tuvo que ir á verles, aunque sabía de antemano que esta visita le haría daño.

El pintor aficionado, más guapo que nunca y vestido con su acostumbrada chaqueta encarnada, estaba solo en su nuevo estudio, que había adornado y hasta obstruído con lujosas y agradables chucherías. El insubstancial joven recibió á su amigo como si nada hubiera pasado entre ellos; y después de los abra

zos y preguntas respecto á los amigos dispersos y á los sucesos acaecidos desde su separación, encendieron sus cigarrillos.

– Y bien, ¿qué haces? – preguntó el poeta. – Tenías grandes proyectos de trabajo. ¿Te has puesto á la tarea? ¿Tienes muchos bocetos que enseñarme?...

– No, á fe mía. Casi nada. Como comprenderás, allá abajo he dejado que mi vida se deslizara agradablemente; he hecho lo que el lagarto tendido al sol... La dicha ocupa mucho, y he sido bestialmente dichoso.

Y colocando su mano en la de su amigo, sentado junto á él, prosiguió distraidamente:

– Una dicha que te debo, mi buen Amadeo...

Pero Mauricio decía esto en tono ligero. ¿Se acordaba acaso, habíase fijado alguna vez en que el poeta había sido y quizás era desgraciado por causa suya?

Sonó un campanillazo.

– ¡Ah!, – exclamó alegremente el dueño de la casa. – Es María que vuelve de pasear á su *bebé* por el Luxemburgo. Este ciudadano cumplirá seis semanas el lunes próximo, y ya verás qué hermoso es mi hombrecito.

Amadeo sintió que la emoción le ahogaba: iba á volver á verla esposa y madre: seguramente distinta.

María se presentó alzando una cortina. Detrás de ella se veían la gorra y el rústico semblante de una nodriza. No había cambiado en nada; no, en nada; pero el amor feliz, la primera maternidad y aquella existencia rica y fácil habían aumentado su belleza, realzada además por un elegante y encantador atavío. Al ver á Amadeo se puso colorada, y él pensó con tristeza que su presencia debía suscitar en la joven penosos recuerdos.

– ¡Abrazaos, antiguos amigos!, – dijo riendo el pintor, con aire de hombre amado y seguro de sí mismo, y con ese tono, peculiar á los maridos, de dueño que permite tirar á un conejo en su vedado.

Pero Amadeo se contentó con besar la enguantada mano de María, y la mirada con que ésta le dió gracias por su discreción fué un nuevo sufrimiento para él. Y sin embargo, ella se mostraba agradecida y le sonreía bondadosamente.

– Mi madre y mi hermana, – le dijo graciosamente, – tienen con frecuencia el placer de ver á usted, como en otro tiempo. ¿Se acuerda usted? Espero, pues, que no se venda caro con Mauricio y conmigo.

«¡Con Mauricio y conmigo!» Su voz era muy dulce, sus ojos se volvían tiernamente hacia su marido al pronunciar estas sencillas palabras.

«Con Mauricio y conmigo...» ¡Ah! ¡Ambos no formaban más que uno! ¡Cuánto, cuánto le amaba!

Entonces fué preciso que Amadeo admirara al recién nacido, que en brazos de la nodriza se había despertado con la estrepitosa alegría de su padre. Desde el fondo de su gorrita de encajes, el niño abrió sus ojos azules, sus ojos serios como los de un viejo, y apretó suavemente entre su manita, fina como piel de pollo, el dedo que le alargaba el poeta.

– ¿Cómo se llama?, – preguntó éste obligado á decir algo.

– Mauricio, como su padre, – respondió con viveza María, que puso en estas palabras toda una explosión de amor.

Amadeo no podía más. Buscó un pretexto cualquiera para retirarse, prometiendo que volverían á verle pronto, y huyó por decirlo así.

– No vendré muchas veces, – se dijo al bajar la escalera, furioso contra sí mismo por tener que sofocar un sollozo.

Sin embargo, volvió, y siempre para sufrir.

Era él quien había hecho aquel matrimonio: debía estar satisfecho de que Mauricio, contenido y hasta un poco aletargado por el bienestar conyugal y por la paternidad, no tenía trazas de volver á sus antiguas calaveradas. Mas, por el contrario, el espectáculo de aquella familia, el aspecto dichoso de María, las alusiones que hacía ésta alguna vez á la gratitud que debía á Amadeo, sobre todo los modales de bajá de Mauricio y el modo de hablar á su mujer como amo indulgente á la esclava gozosa de obedecer, disgustaban y ponían nervioso al poeta, que salía siempre de aquella casa descontento de sí mismo, irritado contra los malos sentimientos que se agitaban en su corazón, avergonzado de amar á la mujer de otro, á la mujer de su antiguo compañero, y aunque sintiendo siempre necesidad de la amistad de Mauricio, no pudiendo verle sin experimentar un movimiento de secreto rencor y de sorda envidia.

Sin embargo, logró visitar lo menos posible al joven matrimonio y hacer intervenir en su existencia otro interés de corazón. Hombre desocupado, puesto que su pequeña fortuna le permitía trabajar sólo cuando recibía los favores de la inspiración, volvió á presentarse en sociedad frecuentando los salones, los escenarios y los lugares en que se consumía la bohemia. Hizo el vago y perdió el tiempo, interesándose por todas las mujeres, engañado por su tierna imaginación y derrochando en sus caprichos demasiada sensibilidad; y tomando sus deseos por amor, tuvo varias amantes.

Fué la primera una bella señora, algo pedante, á quien encontró en el salón de la condesa Fontaine. Hallábase aquélla casada con un hombre machucho, perteneciente al mundo político y financiero y servidor sucesivamente de varias situaciones, el cual señor, que no había cambiado de bandera ni mudado de casaca más que dos ó tres veces, no permitía que se pronunciara su nombre en las asambleas públicas sin estar precedido del epíteto de honorable. Semejante hombre, tan formalmente ocupado en salvar al Capitolio, es decir, en sostener denodadamente al más fuerte, en aprobar todas las bajezas de las mayorías, y en aumentar sus empleos, sinecuras, gratificaciones, acciones y gajes de todas clases, tenía forzosamente que descuidar á su mujer, inquietándose poco del ridículo de Sganarelle que ésta le infería las más veces posibles y al que parecía predestinado.

La señora, cuya belleza era la de una muñeca, que además no era joven y que en literatura no había pasado de Jorge Sand, pero que en cambio se mudaba de traje tres veces al día y pagaba cuentas enormes al dentista; la señora, decimos, distinguió al joven poeta de cabeza romántica y recorrió rápidamente en su compañía todo el itinerario del país de lo «Tierno.» Empero, gracias al progreso moderno, se efectuó el viaje en tren directo. Después de haber traspuesto las estaciones secundarias de «Rubor detrás del abanico,» «Presión de mano significativa,» «Cita en un museo,» etc., etc., el tren se detuvo en la estación algo más importante, los «Escrúpulos,» (diez minutos de parada), y Amadeo llegó al punto *terminus* de la línea, siendo el más envidiable de los mortales.

¡Horas deliciosas de una íntima y distinguida unión!

El poeta se transformó en perro faldero de la señora y en el mueble esencial del salón de ésta. Figuró en todas las comidas, bailes y reuniones en donde ella se presentaba, se ahogó en el fondo de un palco de la ópera, y recibió la misión de confianza de ir al salón de descanso á buscar bombones y caramelos. Su recompensa consistía en conversaciones metafísicas, en las que la señora y él se entretenían en partir en el aire algún cabello sentimental, y en algunas raras sesiones de placer más substancioso, en las que el poeta no tardó en comprender la pesada calma de su corazón y la decepción de sus sentidos. Al cabo de unos meses de esta mediana felicidad, verificóse sin dolor la ruptura, y Amadeo no experimentó el más mínimo pesar al restituir las prendas amorosas que había recibido, á saber: un retrato fotográfico en un marco de Leuchars, un paquete de cartas copiadas de novelas en moda y escritas con letra inglesa en un papel satinado, sin olvidar un guante blanco, que en el cofre de los recuerdos habíase ajado un poco, como su hermosa dueña.

Una joven alta, sonrosada, con cuerpo de diosa, que cobraba trescientos francos mensuales por exhibir sus trajes en el teatro del Vaudeville y que daba cuatro diarios á su peluquero, permitió á Amadeo hacer una nueva experiencia amorosa, más costosa, pero más divertida que la primera. Nada de vaguedades de alma al lado de esta linda persona, nada de sutilezas psicológicas; la muchacha tenía piernas admirables, fuertes y finas á la par, como las diosas de Primaticcio; el porte majestuoso de aristocrática dama, y su voluptuosa sonrisa descubría una dentadura hecha para devorar patrimonios. Cerca de ella el poeta conoció placeres confortables de los sentidos, que no dejan ni tristeza ni disgusto; pero desgraciadamente, la señorita Rosa de Junio (este era su nombre de teatro) sólo tenía en su encantadora cabeza el cerebro lleno de estupidez y vanidad. Sus accesos de cólera atroz, producidos por un artículo de periódico que se permitía una pequeña censura; sus ataques de nervios y torrentes de lágrimas cuando le repartían un papel corto, *un embutido* en una pieza nueva, empezaban á impacientar á Amadeo; además una casualidad le convenció de que tenía un rival preferido en Gradoux, el actor de Variedades, cuya coriza crónica y fealdad de gorila han parecido deliciosas durante veinte años al público más refinado del mundo. Violette se retiró con algunos billetes de banco menos en el bolsillo.

En seguida comenzó una aventura sencilla, pero bastante agradable, con una linda muchachita, con la que hizo conocimiento en el corro de gente que miraba dar vueltas á los caballitos de madera una noche de fiesta pública. Luisita tenía veinte años, se ganaba la vida en casa de una florista famosa y era sonrosada y fresca como un almendro de abril. Sólo había tenido dos amantes: primero, el mozo del obrador (elegantes vividores, nunca tendréis más que las sobras de estas gentes), y después un dependiente de una tienda de novedades, que le había transmitido el poco aristocrático gusto de bogar en el río. Allí fué donde Amadeo, surcando el Marne, sentado al lado de Luisa en una barca, amarrada luego á los sauces de las islas del Amor, obtuvo el primer beso de la griseta, entre dos coplas de una canción de remeros, y la gentil criatura, alegre como la alondra, que siempre que venía á verle le traía un ramilletito, encantó al poeta hijo de París, que recordó inmediatamente los versos de Béranger: «Soy del pueblo, lo mismo que mis amores.» Sintióse amado y se enterneció. En efecto, á él se debía el cambio operado en el modo de ser de la inocente joven: Luisita se tornó pensativa, le pidió un mechón de pelo, que llevaba siempre consigo en el portamonedas, y fué á casa de una echadora de cartas para que le hicieran el gran juego, el juego que costaba cinco francos, para saber si el joven moreno, el caballo de bastos, le sería fiel mucho tiempo. Amadeo descansó sobre aquel sencillo corazón; pero á la larga (¡infelices espíritus delicados!) notó y se disgustó de las vulgaridades de su amante, que verdaderamente era demasiado habladora, se expresaba en el tonillo pesado de los arrabales, amenizaba sus discursos con muletillas de «patatín patatán» ó llamaba á Amadeo «mi niño,» y se recreaba con los manjares más ordinarios. ¿Te enteras? Un día al besar á su amante, su aliento apestaba á ajo; sin embargo, el poeta no la abandonó en una larga temporada, enternecido por el sentimiento sincero y desinteresado de la pobre muchacha, contento de dar á quien ni esperaba ni pedía nada. Ella fué, al fin y al cabo, la que le dejó por orgullo femenino, comprendiendo que no era amada. Amadeo casi la echó de menos.

Así pasaba la vida. Trabajaba algo, pensaba mucho y gastaba su juventud en infructuosas tentativas de amor. Iba lo menos posible á casa de Mauricio Roger, que decididamente era un buen marido, metido siempre en un casita y embobado con su niño. Pero cada vez que Amadeo volvía á ver á María, sentía durante largos días desaliento, vaga tristeza, é imposibilidad de trabajar.

«¡Vamos!, – murmuraba tirando la pluma, cuando entre su pensamiento y el papel se interponía la imagen de la joven. – ¡Vamos! Soy incurable; la amo siempre.

En el verano de 1870, Amadeo, cansado de París, pensaba en un nuevo viaje y estaba á punto de volver á ver ¡desgraciado! los porteros suizos que hablan más lenguas que Pico de la Mirándola y los pares de calzado melancólicos colocados en los corredores de los hoteles, cuando estalló la guerra.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

La primera novela, cuadro de L. Winnigerode. – Es de suponer que algunos y aun muchos de nuestros lectores habrán leído la preciosa novela de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, *Los Pazos de Ulloa*. ¿Recuerdan, los que en este caso se encuentran, la descripción que hace la autora en los apuntes autobiográficos que al libro preceden, de uno de los episodios de su niñez, cuando encaramada en frágil torre de *Diccionarios, Ilustraciones* y sillas se apoderó de los libros del último estante de la biblioteca de su padre, libros que excitaban tanto más su curiosidad cuanto que se le había prohibido tocarlos y por ende leerlos?

Para los que esto recuerden es innecesaria toda descripción del cuadro de Winnigerode, además de que asunto tratado por la Sra. Pardo de Bazán ha de ser por este solo hecho fruto prohibido para nuestra modesta pluma. A los que no hayan leído la novela citada, el grabado que publicamos les dirá lo bastante para hacer ociosas nuestras observaciones. Y en cuanto á la factura, resulta la joven tan expresiva y simpática, destaca tan bien la blanca mancha por ella formada sobre el fondo obscuro de los volúmenes y del armario, hay tanta elegancia en la composición, tanta naturalidad en la actitud y en el semblante de la lectora, que cuantos elogios dedicáramos á la obra habían de parecer pocos.

Por todas estas razones hacemos punto final, y aun creemos haber dicho más de lo que nos proponíamos.

***

En la celda del pintor, cuadro de Vicente Volpe. – Podrá el buen monje no llegar á ser en pintura lo que fueron sus colegas en hábito Fra Angélico, Fra Bartolomeo y tantos otros cuyos nombres pronunciamos con respeto y cuyas obras con admiración contemplamos; pero lo que es en afición, á buen seguro que ninguno de aquellos grandes genios le aventajó si es que acaso le igualara. Vedle, si no; atento por completo á su trabajo, fijos sus cinco sentidos en el cuadro, abstraído del mundo que le rodea, sin parar mientes siquiera en los elogios que su compañero le prodiga, ocúpase sólo en trasladar al lienzo, de fijo con más fe que arte, la visión que quizás se le apareció en uno de sus ratos de arrobamiento místico ó en reproducir la pintura que en otro convento exitara su entusiasmo y tal vez su poquillo de noble envidia.

Ese cuadro de Volpe, sencillo en su concepción, sin rasgos grandiosos, que serían impropios en asunto como el de *En la celda del pintor*, es de los que desde luego encantan porque tiene en alto grado dos cualidades tan fáciles al parecer y de logro tan difícil, las de ser humano en su asunto y en su ejecución natural y verdadero.

***

Representaciones de la Pasión en la aldea de Ober-Ammergau (Baviera). – La pequeña aldea bávara de Ober-Ammergau adquiere cada diez años animación extraordinaria, pues á ella acuden gentes de toda Alemania y aun del extranjero, para asistir á las representaciones de la Pasión que allí se verifican en cumplimiento de un voto hecho en 1633, época en que una terrible peste amenazaba dejar despoblado el valle del Ammer, en donde aquélla está emplazada

El drama sacro representado por humildes campesinos, constituye un verdadero acontecimiento artístico, así por la propiedad y el lujo que en el vestuario y *atrezzo* se despliega, como por la perfección con que lo desempeñan los improvisados actores y por la verdad con que se ejecutan las principales escenas de la Pasión del Redentor.

El teatro, capaz para más de 4.000 espectadores, está montado al aire libre, lo cual ha valido este año á los que á las funciones asistieron más de un remojón á causa de las pertinaces lluvias que durante las representaciones cayeron.

Pero cuantos han asistido á éstas dan por bien empleadas las molestias sufridas, pues es opinión unánime que el espectáculo vale todo esto y mucho más.

***

Una fiesta popular en Venecia, cuadro de F. Zonaro. — Al que no conozca á Venecia sino de oídas, le parecerá que el autor de este cuadro se ha dejado llevar más de su imaginación que del deseo de reproducir fielmente el espectáculo presenciado. Y sin embargo, no es así, y los que juzguen á la ciudad de hoy día por lo que fué en pasados tiempos, se equivocarán lamentablemente. De la Venecia de los dux, de los misterios y de los bravos, sólo se conserva el recuerdo, que vivirá mientras subsistan los puentes que favorecieron las traiciones y las emboscadas; los estrechos y sombríos canales, mudos encubridores de tantas venganzas, y los soberbios monumentos y magníficos palacios en donde se desarrollaron tantos dramas y se fraguaron tantos crímenes. La Venecia de hoy no es nada de esto; por el contrario, tiene muchos puntos de contacto con nuestras ciudades andaluzas: su cielo transparente y de un azul subido; sus mujeres hermosas, francas y dicharacheras, y sus alegres costumbres, traen á la memoria las costumbres, las mujeres y el cielo de Andalucía.

El cuadro de Zonaro, lleno de verdad y de vida, artísticamente combinado, fiel reproducción, en suma, de una de esas fiestas populares de que tan amantes son los venecianos, es la mejor prueba de que nuestra afirmación no peca de exagerada.

***

El hospital Alexandra para niños enfermos de coxalgia (Londres). – Entre los muchos y magníficos hospitales para enfermedades especiales que existen en Londres, figura el llamado Alexandra, destinado al tratamiento y curación de la coxalgia, esa terrible dolencia que tantas víctimas ha ocasionado entre los niños.

Dicho hospital fué inaugurado en marzo de 1867; entonces sólo contaba 10 camas y ha ido progresando hasta el punto de tener hoy en día 81. Los padres de los niños que en él son asistidos pagan cuatro chelines por semana, es decir, menos de la tercera parte de lo que cuesta la sola manutención de los enfermos, cubriéndose el déficit que de esto resulta por medio de suscripciones y donativos voluntarios. Los niños son admitidos en este establecimiento benéfico desde la edad de tres á la de doce años, y la estadística de curaciones obtenidas (más de mil) es una prueba elocuente del cuidado con que son atendidos los enfermitos y de las excelencias del tratamiento á que se les somete.

El hospital Alexandra cuenta con valiosos protectores y está puesto bajo el patronato de S. A. R. la Princesa de Gales, de S. A. la duquesa de Albany y de la duquesa de Fife.





ILUSIÓN ÓPTICA

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Páginas marítimas, *por D. Augusto Jerez Perchet.* – Nuestro distinguido colaborador, el conocido escritor á cuya dirección está confiado el acreditado diario de Málaga el *Correo de Andalucía*, ha publicado recientemente una colección de artículos escritos en el estilo castizo y elegante que caracteriza á su autor, sobre asuntos del mar ó con el mar relacionados. No son las cualidades de estilo las solas que avaloran el libro que nos ocupa; hay en él amenidad é interés, y la variedad de materias en el mismo con gran acierto tratadas son demostración de los vastos conocimientos y del profundo espíritu de observación del Sr. Jerez Perchet.

El libro editado en la imprenta del *Correo de Andalucía* se vende al precio de dos pesetas.

* * *

La institución jurídica del Homestead, *por D. Antonio Díaz de Rábago Aguiar.* – Es este un eruditísimo trabajo que su autor presentó como disertación para el grado de Doctor en la Facultad de Derecho, y en el que con recto criterio se estudia y con sólidas razones se defiende la institución jurídica, creada en el estado de Tejas (Estados Unidos), á la sazón independiente, con la promulgación en 1839 de la primera ley de *Homestead exemption*; ley que favoreció en alto grado la colonización por la facilidad con que en virtud de ella pudieron hacerse propietarios los que á aquella república emigraron procedentes de los Estados del Norte, y por el carácter de inembargables que da á los bienes adquiridos con arreglo á lo que la misma dispone.

Esta ley, que hoy rige con diferentes formas en todos los Estados de la Unión, excepción hecha de cuatro, es objeto de detenido estudio en el discurso del Sr. Díaz de Rábago, quien con abundantes datos demuestra que algo de ella existe en nuestra antigua legislación y aun en la moderna, y con elevado espíritu indica la conveniencia de decretarla para nuestras posesiones ultramarinas como medio de encauzar la emigración de nuestros nacionales hacia las inmensas y vírgenes tierras que España posee y no explota en el golfo de Méjico, en las costas de Africa y en el Gran Océano.

* * *

Los canarios, ruiseñores, frailecillos, etc., su cría, procreación, cuidado y enseñanza, *por el Dr. R. B. Brehm.* – El distinguido naturalista Dr. Brehm acaba de publicar una interesantísima obra sobre la cría y cuidado de los pájaros más estimados, que no dudamos tendrá gran aceptación. Los conocimientos especiales de su autor abonan por sí solos la valía del libro, en el que sin incurrir en los defectos del empirismo, tan comunes en esta clase de trabajos, dicta reglas utilísimas, basadas en conocimientos científicos y en largas experiencias y expresadas con el estilo sencillo y claro que caracteriza al Dr. Brehm, algunos de cuyos trabajos conocen los lectores de esta Ilustración.

El libro va adornado con seis bonitos cromos ejecutados por la señorita Irene Brehm, hija del autor.

Esta obra, que necesitan leer cuantos tienen afición por los pájaros, se vende al precio de 4 pesetas en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canalctas, 5.

Imp. de Montaner y Simón